

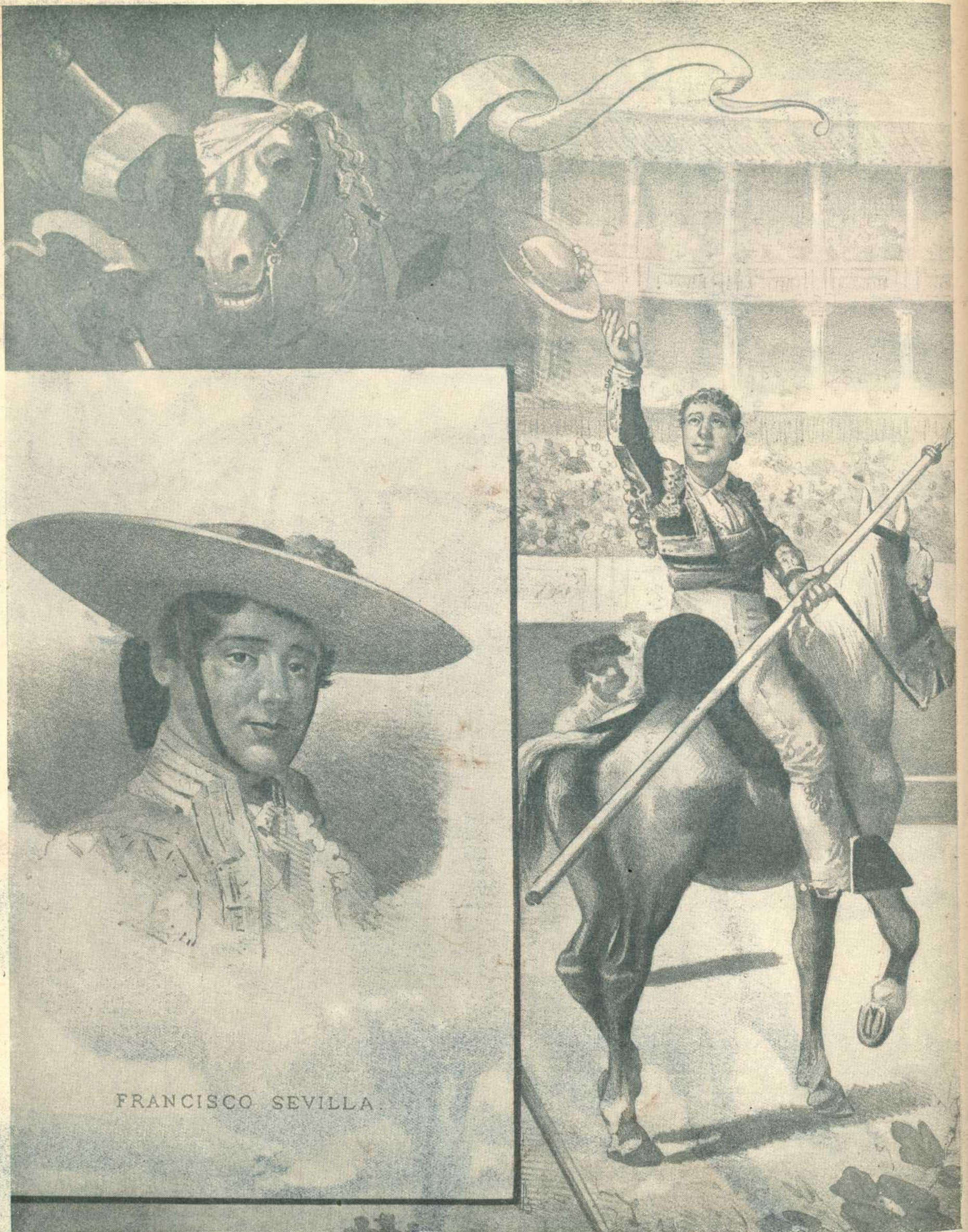
SUPPLEMENTO TAURINO SEMANAL DE MARCA

El Ruedo



1⁵⁰
Pts

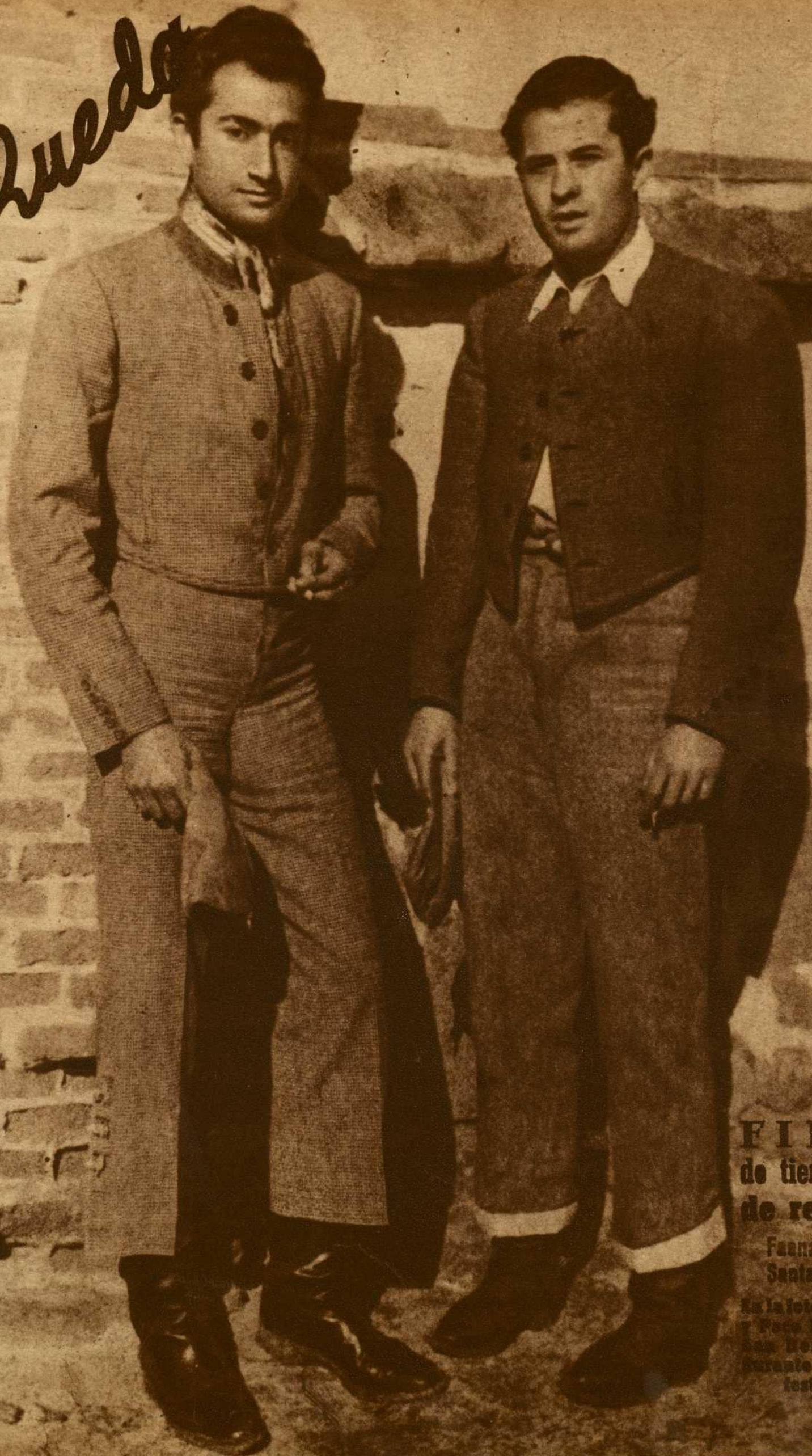
J. ABENEO



FRANCISCO SEVILLA.

El picador Francisco Sevilla
(Dibujo de Perea.)

El Poveda



FIESTA
de tianta y retienta
de reses bravas

Faenas de campo en
Santa María de Nieva

En la foto: Rafael ARRICHU
y Paco LARA en la fiesta
de Benito de Gallegos,
durante un descanso en el
festival campareo

(Foto María)

“EL CAPITALISTA”

Por ANTONIO CASERO.

CÓMO EMPIEZA Y CÓMO QUISIERA TERMINAR...



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



SEGUN unos datos, que me parecen muy autorizados, aunque no sean oficiales, existen en la actualidad entre las diversas ganaderías de reses bravas en España y Portugal muy cerca de cinco mil toros de cuatro y más años. No se fracciona el número exacto, que es de 4.822, para explicar cuántos toros son de cuatro años y cuántos de más años. Sin embargo, me atrevería a decir por mi cuenta, y sin fundamento técnico desde luego, que por lo menos

la mitad de esos toros tienen más de cuatro años, y aun podría señalar, llevando mi audacia al extremo, en qué ganaderías menos famosas, y dicho aún mejor, menos favorecidas, se encuentran los de mayor edad.

Sea como quiera, el caso es, contra cuanto se dijo y escribió en el paréntesis 44-45, que hay ganado suficiente para dar los mismos festejos, e incluso más que en la última temporada, con cuatreños o con cinqueños, o con ambos.

Estoy casi seguro de que podrían rebasarse las doscientas cincuenta corridas de la última temporada sirviendo sólo cinqueños; pero en este caso es posible que los ganaderos más famosos, los más favorecidos, apenas aparecerían en los carteles, porque las abrumadoras demandas de los años anteriores agotaron sus sorderas. Sin embargo, aceptando como mal de menor cuantía el cuatreño, que tiene, sin duda, mejores condiciones para el toreo que hoy gusta a los públicos, es evidente que en la temporada de 1945 no faltarán toros, toros suficientes y hasta sobrados, si hay quien en ello, con poder bastante, se empeñe.

Todo sería cuestión de un poco de orden. Los "mayores" —con elemental cortesía—, primero —de marzo a julio—, y los más "jóvenes", de agosto en adelante.

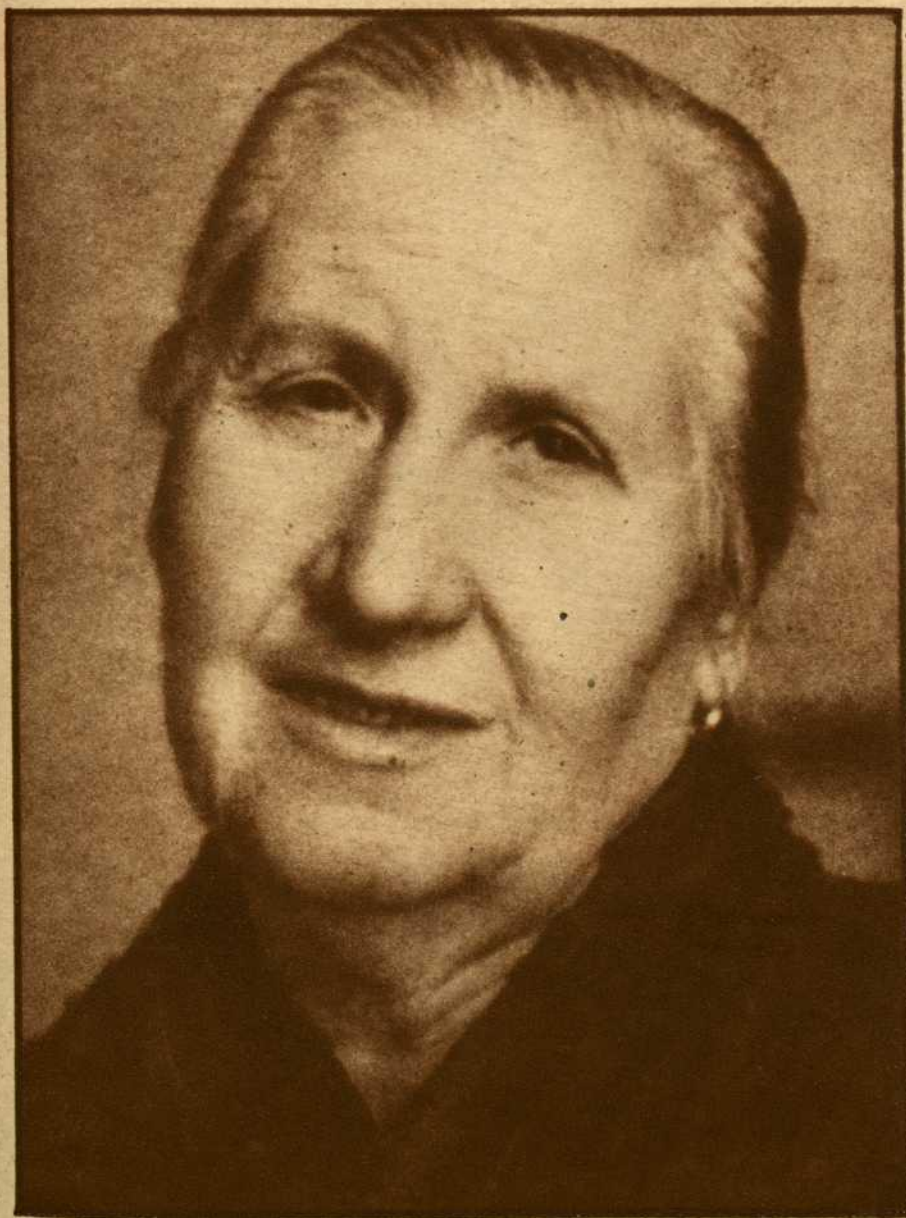
Así, esa reiterada lamentación sobre los pastos, tan escasos siempre por lluvias, por sequías o por nieves —que todos son buenos pretextos para justificar su escasez—, sería menos lamentable. El cinqueño, aunque esté desnutrido, tiene su apariencia, su trapío, su esqueleto; en suma, bastante impresionante para que no le hagan desmerecer unos kilos menos de filetes. En cambio, el cuatreño, comiendo, durante la primavera y principios del verano, esos pastos tiernos y jugosos, consecuentes a un invierno llovido y nevado, pone sobre sus huesos —si no le falta la correspondiente ración de grano— una cantidad muy apreciable de carne, que le llenará de apariencia y respeto, de agosto en adelante. Su piel, además, se lustra, y su sangre adquiere un brío inusitado. Queda un toro ideal.

He aprovechado, para trazar estas últimas líneas, palabras que escuché a un famosísimo ganadero. La intuición o el conocimiento que yo puedo tener de estas cosas no hubiese llegado a tanto; pero él aseguraba, a cuantos oían, ese detalle de los pastos tiernos y jugosos que aparecen tras aguas, nieves y fríos, cuando el sol comienza a templar el ambiente, y yo he querido transmitirlo a los lectores de EL RUEDO junto con el otro, casi oficial, de que a estas alturas pastan en dehesas portuguesas y españolas 4.882 toros de cuatro y más años.

Con uno y otro dato, y la confianza de que los encargados de velar por el prestigio de la fiesta lo harán rigurosamente, podrán ustedes, amigos aficionados, hacer el apetito necesario para devorar la temporada que se aproxima.

Porque lo que no se me ocurre sospechar a estas alturas es que se lidien algunos de los 3.301 utrerros que, según los mismos autorizados datos que utilizo, hay también en las dehesas de España y Portugal.

Año II -- Madrid, 7 de febrero de 1945 -- Núm. 35



EN ESTE NUMERO

"La novia de Reverte vive en Alcalá del Río". (Doña Josefa Olmedo, protagonista de la interesante información que publicamos en las páginas 4 y 5). (Foto Arenas.)

TIENTA Y RETIENTA DE RESES BRAVAS EN SANTA MARIA DE NIEVA



Después de las tareas realizadas en la tienta, el diestro Rafael Albaicín saborea un chato de vino castellano

El pasado domingo se ha celebrado en la finca de San Benito, del segoviano pueblo de Santa María de Nieva, una animada fiesta campera de tienta y retienta de reses, de la nueva ganadería adquirida por los señores Escorial y Triviño, procedentes del señor Escudero, del campo de Salamanca.

Para dirigir la tienta actuaron los diestros Rafael Albaicín y Paco Lara, que se lucieron durante las faenas que realizaron, haciéndose grandes elogios por parte de la gran concurrencia.

La parte técnica fué interesantísima, ya que los astados, dotados de una gran bravura, mostraron sus enormes cualidades



Una de las vaquillas que lidiaron Albaicín y Paco Lara saliendo de los improvisados toriles



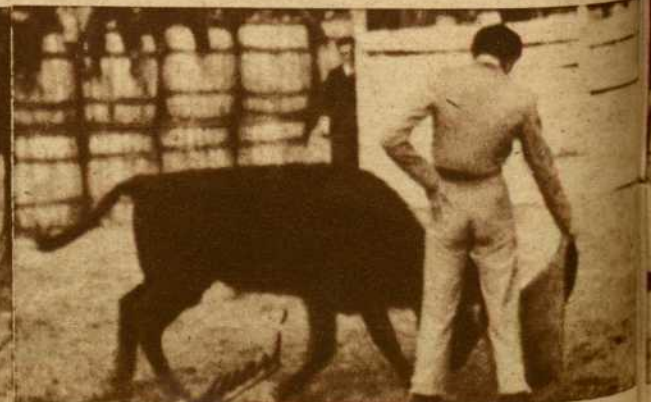
Paco Lara, durante una de las faenas, marcando la forma de matar a un becerro



Albaicín, con su pinturero estilo, se luce con el capote, iniciando con la muleta su variado repertorio.

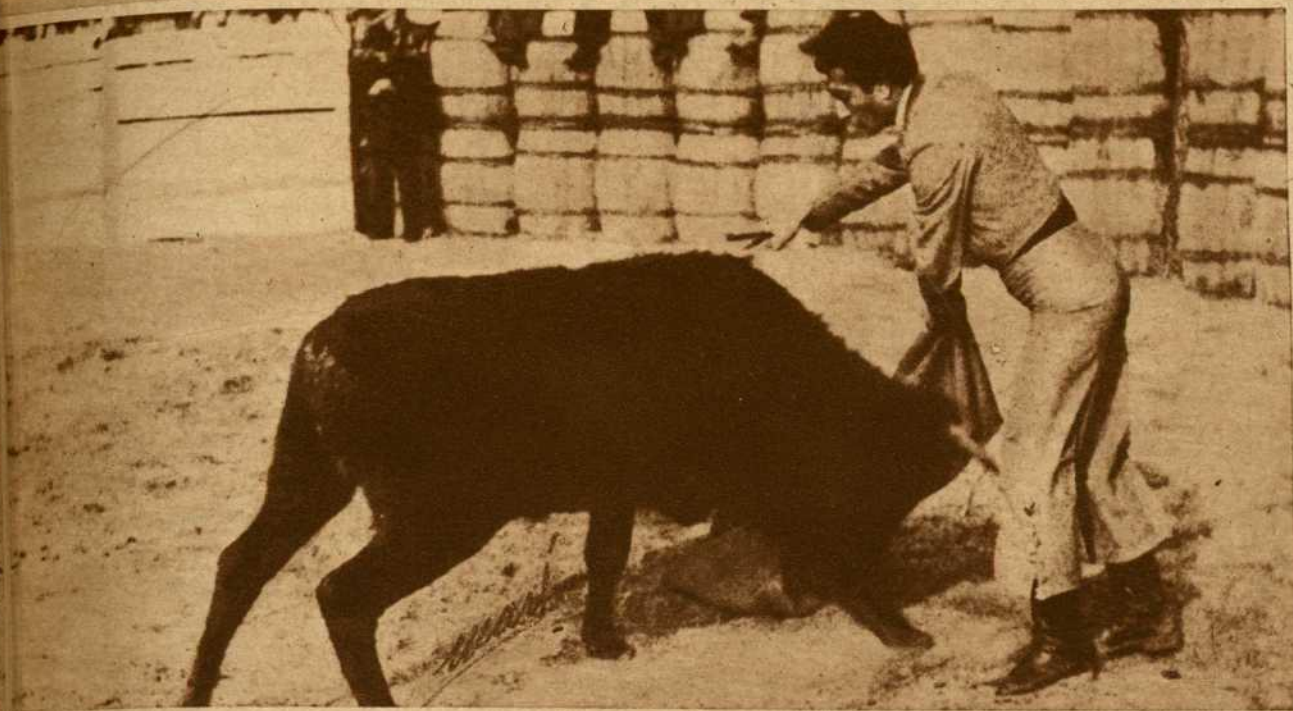


Albaicín se adorna y, con las rodillas en tierra, manda sobre el bicho para completar la faena



Temple y finura en los pases con la derecha. El diestro gitano, mandando con la derecha

RAFAEL ALBAICIN Y PACO LARA DIRIGIERON LAS FAENAS DE CAMPO EN LA FINCA DE SAN BENITO DE GALLEGOS



Después de perfilarse, Albaicín hace que mata, no encontrando más dificultad que la carencia de estoque para terminar con el ticho.



Paco Lara ha citado desde largo y aguanta la arrancada de la res con gran aplomo. Al fondo, el picador de turno espera para disimular su intervención



El grupo de asistentes a la tienta y retienta de reses bravas efectuada en la finca de San Benito, del pueblo de Santa María de Nieva



Los nuevos ganaderos señores Escorial y Triviño, con los diestros Albaicín y Paco Lara, al comenzar la fiesta



Paco Lara, como Albaicín, saborea una copa de vino castellano, al concluir su faena

para la lidia, asombrando por su magnífica estampa.

Tanto Albaicín como Paco Lara, que animaron la tienta con sus intervenciones, fueron felicítadísimos al concluir ésta, ya que llevaron la parte técnica con gran esmerc.

Los nuevos ganaderos fueron felicitados por el gran porcentaje de casta que acusaron las reses que han sido adquiridas por ellos, terminando la fiesta campera con la lidia y muerte de unos becerros. Albaicín y Lara, en sus respectivos bichos, se adornaron en las distintas suertes, cosechando grandes aplausos al dar fin de la res.

(Reportaje gráfico de Mari.)



Albaicín, con la muleta en la izquierda, toreando a una de las becerros

SIN VISTO BUENO

MEDIO TORO, NADA DE TOREO

Por «EL CACHETERO»



¿Qué opina usted del medio toreo, señor Cachetero?
 —Muy mal.
 —¿Sólo muy mal?
 —¿Le parece a usted poco? Pues rematadamente mal. Pero o usted no me viene leyendo, o no sé a qué viene esa pregunta.
 —No se amostace usted, señor Cachetero. Lo digo porque un escritor taurino de gran notoriedad ha dicho que como la crítica puede muy poco con el medio toreo, habrá que aguzarla y endurecerla sólo con el medio toreo. Y otro ha precisado aun más, tras de abundar en esa consideración. Ha dicho en letras de molde que había que mantener enhiesta esa bandera, sobre todo ahora, en que van a llegar completos los descubridores y cultivadores máximos del medio toreo, o sea

los diestros mejicanos. Por eso le preguntaba a usted su opinión.

—Pues por lo mismo le contestaba, brevemente y sin acrimonia alguna, que el medio toreo me parece muy mal. Lo que sí alcanzo a añadir es que todo el toreo que se hace con el medio toreo es medio toreo a lo más. Yo, por lo que he visto en la temporada anterior y lo que espero a ver en la siguiente, creo que no hemos salido de las lindes del medio toreo, y naturalmente, por eso me parece rematadamente malo lo visto y lo por ver. El toreo necesita torero y toro, y en cuanto uno de estos términos se reduce a la mitad, el toreo se queda en medio toreo a lo sumo. Lo mismo me da que el diestro toree a un medio toreo con todas las reglas del arte, que practique la mitad del toreo, o sea en no pasárselo por delante, a un toro con todas las condiciones que necesita para serlo. La mitad del toreo, a lo menos, se ha esfumado.

—¿Y los mejicanos?

—Creo que bailarán al son que les toquen. Y si les tocan uno al que ellos sean más o menos temperamental y racialmente aficionados, pues bailarán a él muy cómodamente. Tan cómodamente como los de aquí. Todo lo que no sea basar la fiesta absolutamente en el toro, término que debe ser inmutable, me tiene enfrenté con las mejores energías. Y desde ahí, lo que tampoco comprendo es que el toreo pueda desaparecer por grados o por mitades. Yo comprendo el buen o el mal toreo, pero dentro de un concepto unitario. Lo que no puedo hallar es el toreo por gramos, que éste haga el medio toreo, o los tres cuartos de toreo o el toreo cien por cien, si no hay toro entero delante. Lo que hace es una simulación del toreo, los pasen, no los pasen o les bailen la jota, como Llapisera hacía. Lo mismo da que se simule acostarse en el testuz que ligar ocho naturales. Allá con los gustos estéticos de cada uno, que yo ya advierto que pienso aplaudir los más raros y disparatados para reducir la falsificación al absurdo en lo que pueda. Lo del medio toreo es muy ingenioso, como en el fondo lo del medio toro también, pero exagerado. No hay torero sin toro. Y toros no hay.

—¿Y la crítica no puede hacer nada?

—Por ahí estamos más conformes. Claro, tampoco se podrá hacer nada contra eso que se llama muy donosamente medio toreo, si el público lo alimenta como al medio toro y lo aplaude. Lo más a que se ha llegado es a sisear los rodillazos a destiempo y a veces a tiempo. Puede la crítica, por lo menos, salvar la responsabilidad y señalar que los ganaderos son totalmente culpables de vender como toros ganado sin condiciones de tales. Si vendiesen toros, habría toros en las Plazas y tendría que haber toreo, bueno o malo, pero no por parcelas. Así que ahí están los ganaderos multados, por ejemplo, como los responsables de toda la degeneración que se quiera achacar al toreo. Que haya elementos coincidentes, bien avenidos, concordantes con esa corriente de dar gato por liebre, bien lo sé. Pero que el único responsable de vender un ganado deficiente es el ganadero, no veo modo de ocultarlo ni con los mayores cubileteos.

—¿Toros entonces, no es así?

—Exactamente, toros. No los de la modificación postguerrera al Reglamento —que ni aun así se cumple; véanse muchas cada corrida—, pero quizá los del Reglamento me desarrugarían el ceño un poco. Aunque mi ilusión serían los toros de cinco años, veintiocho arrobas y pitones en consonancia. Todo lo que sea desde ahí, ya me tiene conforme para distinguir el cuarto, el tercio, la mitad del toreo y el toreo cien por cien. Pero el toreo actual, que no es siquiera medio toreo. Es novilleo o becerreo entero, y genial si se quiere. Pero yo prefiero el mal toreo.



E F E M É R I D E S

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

FEBRERO

7

MIERCOLES

Hoy hace noventa y cuatro años nació en Madrid uno de los banderilleros españoles más completos: Victoriano Recatero, Regaterín, tan popularísimo en la calle como cuando actuaba en la Plaza. En *El Toreo Cómico*, además de escribirse que «llegaba a la cabeza de los toros con frescura y con salero», físicamente se le caricaturizó así: «Se peina de tal suerte—, que algunos cuartos invierte— en pomada o bandolina». Después de haber estado a las órdenes de varios matadores famosos, una tarde en que Salvador tuvo un percance, se despidió de él por oírle comentar: «Esto me pasa a mí porque no tengo más que toreras en mi cuadrilla». Mu-

rió Regaterín el 14 de marzo de 1891. Su entierro fué de auténtica figura popular.

El 8 de febrero de 1885, para remediar los infortunios padecidos a causa de los temblores de tierra en la zona andaluza, seis grandes maestros —Lagartijo, Frascuelo, Felipe García, El Gallo, Valentín Martín y Mazzantini— dieron, como siempre antes, en y después ha sucedido, el *do* de pecho. Torearon y mataron, es decir, expusieron sus vidas, *sin cobrar un céntimo*, en corrida «De profundis», cual la denominó Peña y Goñi. Regaterín estuvo colosal en el de Anastasio Martín. También lo estuvo Lagartijo. De los dos puede decirse que aquella tarde fueron los únicos que alborotaron el cotarro.

El 9 de febrero de 1913, en la inauguración de la temporada en Madrid, a consecuencia de una cornada en el vientre por el toro Escríbano, murió Andrés del Campo, Dominguín II, cuando intentaba recortar a capote plegado. Alternaba con Conejito III y Algabeño II. Aquel año iba Dominguín a tomar la alternativa.

Y al llegar aquí, al evocar el 10 de febrero del año 1839, lamentamos la falta de espacio y nos limitamos a consignar que en tal fecha murió el maestro de la «Escuela de Tauromaquia sevillana», Pedro Romero, figura de romance y de copla, más desde luego que Costillares y Pepe-Hillo, por talla, por saber y por serenidad, ya que en cuanto a pundonor y hombría los tres se acreditaron por cuanto fueron e hicieron, que hasta nosotros trasciende y perdurará mientras la afición exista.

Pedro Romero, que nació en Ronda en el año 1754, murió en Sevilla a los ochenta y cinco años de edad, cuarenta después de haberse retirado.

Y al recordar ahora el 11 de febrero, forzosamente tenemos que evocar a Juan Mota. Ya escribí de él, también en *EL RUEDO*, al cumplirse el centenario del nacimiento de Frascuelo. Juan Mota —murió el 11 de febrero del año primero de este siglo— fué quien primero comenzó a gritar, con su gran autoridad, que Salvador Sánchez no era un loco. Fué Juan quien le regaló el primer capote. Y también fué él, quizá, quien más sinceramente le lloró al verle en el féretro.

Del 12 de este mes recordemos el del año 1885. Tal día nació quien después había de pasar a la posteridad con el sobrenombre de «Papa Negro». Así le denominó el amenísimo «Don Modesto», que de ninguna manera pensó ofender nuestros sentimientos religiosos. Vive don Manuel, afortunadamente; es padre de toda una estirpe de grandes figuras en la actualidad y le felicitamos de todo corazón.

Y viene a morir nuestra semana con Martín Martíncho, que vió la primera luz en Oyarzun, en 1740, y murió el 13 de febrero, sesenta años después. Fué don Francisco de Goya Lucientes, nada menos, quien perpetuó su memoria de asombrosas hazañas. Su «salto» célebre, sus «navarras», fueron gesto y arte, virilidad, corazón de ciclope, que hicieron enloquecer a los espectadores de su época.

FEBRERO

13

MARTES

Su casa, el café, la tertulia...

DOMINGO RUIZ

fué apoderado de CURRO PUYA

«La fiesta tiene casi el mismo interés «por dentro que por fuera»»



Domingo Ruiz en su charla para EL RUEDO



Actitudes de Domingo Ruiz durante su palique (Fots. Arenas.)

MUCHAS, muchas llamadas telefónicas nos costó poder emplazar al popular apoderado, en el café donde asiste cotidianamente, en unión de Rafael, el Gallo. Por fin, bien entrada la noche, reconocimos su voz a través del hilo, citándonos en definitiva para el día siguiente, cumpliendo la promesa hecha días anteriores, en el Casino de la Montaña, de que hablaría para EL RUEDO.

A la hora en punto para dar comienzo el reportero espectáculo —que no deja de serlo en todo momento y lugar— comparecimos en el clásico colmado "El 9", llegando al rato Domingo, lamentándose de estar más bien "en el ocho", a causa de su minúsculo retraso, que hasta ahí llega la seriedad de este hombre, aun en cosas de tan trivial importancia.

Unas frases explicatorias, otras exclamativas por nuestra parte, convergiendo a poco las miradas, por indicación de alguien, en las "mesas revueltas" —y no de comedias— que adornan aquella casa, en las que distintos objetivos plasmaron faenas varias de algunos que otros colosos de la tauromaquia.

Poco después, los tiritones propios del día nos aconsejaron acomodarnos al reparo de la soleada fachada, congratulándose por partida doble Luis Arenas, que en aquella luz habría de fotografiar mejor, a no dudarlo.

E inmediatamente, ¡pluma para qué te quiero!, siguiendo en parte la frívola charla del gran hombre de negocios taurinos con quien nos enfrentamos:

—¿De cuándo data su gran afición a todo lo relacionado con la fiesta?
—De ayer por la mañana... Tenía diecisiete años. Desde aquella edad sentía la emoción de la fiesta, que por cierto la tiene tanto por dentro como por fuera, aunque a su manera, "ahorcando" a poco la carrera de abogado, en el segundo año. Me aficioné a los caballos, comprendiendo que desde una vaquera pocos pleitos pueden defenderse.

—Total...
—Que en la casa de los Bombas me fui formando en muchas cosas de esta carrera, pues no deja de serlo...

—Sobre todo para algunos toreros...
—¡Vamos allá! Como le iba diciendo, el padre de Ricardo fué una especie de maestro para mí en esos menesteres. Después, con Juan Belmonte, con quien siempre me ha unido una gran amistad, ayudándome a su apoderado, Juan Manuel...

—¿No lo apoderó don Antonio Soto?
—Justamente, pero cuando era Juan novillero.

—¿Sus negocios taurinos?
—Mis actividades en la fiesta han sido de apoderado, empresario, representante de Empresas y hasta contratista de caballos, si bien en esto último poco tiempo, no siendo más que una medianía.

—¿Muchas corridas embarcadas por usted?
—Muchísimas. Sólo en un año, ciento tres, que ya es bastante.

—¿Diésteos a quienes representó?
—Si mal no recuerdo, fué el primero un tal José Chaves. Después, sin orden alguno en la enumeración, a Varelito, Manolo Belmonte, Gitanillo de Triana, Palmeño, Diego de los Reyes, Pascual Márquez, Pepe Luis, Rafael Ortega, Gallito, Morenito de Algeciras, Correa Montes y hasta a Juan Fernández, Juanillo, el actual Hombre Gordo, cuando era novillero.

—¿Cobraban mucho los apoderados de aquel entonces?
—Yo he trabajado con algunos novilleros hasta por cincuenta pesetas, pagando, además, los telegramas.

—¿Dónde conoció a Gitanillo?
—Angelillo de Triana y el Sargento vinieron a verme para contarme cosas del muchacho, pues lo habían visto en algunos tentaderos. Total, que intrigado yo también, los cité a las dos de la mañana un día que tentaba don Antonio Flores. Me acuerdo que estaba el ganadero conmigo presenciando la tiente, cuando vimos allá, lejos, a un muchacho que se acerca al caserío, pareciéndome por su porte el que yo esperaba. Y en efecto, se nos acercó, para pedir que lo dejásemos torear. Y a poco... ¡qué manera de hacer el lance a la verónica! Después, todos pudimos apreciar lo que fué Curro Puya en el toreo.

Como detalle curioso le diré que aquella misma tarde llegó también al caserío Merita, el de la Puerta Real, preguntando por mí, con dos sábalos de medio metro cada uno, como regalo, para que le dejásemos torear. Llamé a don Antonio, diciéndole que tenía en la sala una "tarjeta de visita", riendo los dos la ocurrencia del aficionado.

—¿Es cierto que Juan Belmonte se interesó siempre mucho por Gitanillo?
—Fué un gran entusiasta de su toreo. En una ocasión que tuve unas pequeñas diferencias con el torero, Juan fué el que medió.

—¿Cuándo se enteró del percance de muerte de Curro?
—En seguida que terminó la corrida me avisó mi representante en Madrid, Paco Arranz, marchando aquella misma noche. Cuando llegué al sanatorio a la mañana siguiente, me dijo Curro, que por cierto tenía aun puesta la camisa de torear: "Domingo, éste sí que me ha "dao" fuerte". ¡El pobrecillo...!

—¿Le hizo usted aquella fatídica corrida?
—Casualmente, esa tarde tenía toros en Cáceres; pero se empeñó en ir a Madrid, a la corrida de don Graciliano, y mire usted por dónde...

—¿Cuál ha sido el torero a quien más corridas le ha hecho en una temporada?
—Gitanillo, de matador de toros, y después a Pepe Luis, de novillero.

—¿Proyectos suyos?
—Tranquilidad. Han querido que apodere a varios de ahora, pero vuelvo a decirle que la tranquilidad ante todo.

—Entonces...
—Que no quiero torear más, por no pasar por cosas demasiado modernas.

—¿Es cierto que le ofrecieron que apoderara a Manolete en sus comienzos?
—No. Me rogó un taurino de Córdoba, ya fallecido, que le hiciese corridas al torero, ofreciéndome una retribución por mi trabajo. Por cierto, que aun conservo la carta, que no deja de ser curiosa.

—Vamos a ver, Domingo, una última pregunta: ¿Ha interesado en algunas ocasiones que afeitaran a toros descarados de cabeza?

—¡Jamás! Ni en la época de Pepe Luis, que es muy moderna. Lo que he mandado hacer es sacarle los "tufos", que es lo contrario de cortarles las puntas; es decir, prepararlo para que tuvieran mejor vista en la Plaza. Yo habré tenido otros defectos como aficionado y ventajas como apoderado; pero... ¿tacharme a mí de barbero?

A poco, la cordial despedida pone punto final a la charla del gran aficionado, que en la actualidad disfruta plácidamente de un bien ganado bienestar entre los suyos... su casa, el "café"... la tertulia de siempre...

M. PAREJO

La novia de Reverte vi

**... tuvo un pañuelo,
sin cuatro picadores
y ningún torero.**

No podíamos resistirnos a que por un criterio meramente literario quedara rota la romántica leyenda de la novia de Reverte, a la que la musa popular puso en cantares y romances.

Por ello nos trasladamos al pintoresco pueblo de Alcalá del Río, cuna del ídolo popular que extendió su fama por todos los rincones de España y muchos del Extranjero, y que dió motivo a que se formaran a su alrededor infinidad de leyendas, veraces unas e imaginarias otras.

En ese pueblo, cuya nítida blancura hiere nuestra retina, y cuyas casas bañan las orillas del Guadalquivir en uno de sus más bellos paisajes, encontramos una de las figuras de esta historia para muchos ignorada.

Alrededor de esta figura había en el pueblo unas versiones que la hacían inabordable, dada su austeridad y recogimiento, y refractaria a todo lo que representara exhumación de su romántico pasado, pues viuda por el trágico fin de su esposo, vivía sola en su casa, alimentándose quizá de unos gratos recuerdos que le harían añorar su ya lejana juventud.

A pesar de ello, logramos abordar la fortaleza.

Doña Josefa Olmedo Valentín, que así se llama nuestra heroína, vive en el número 34 de la calle Elipamagna del citado pueblo. Tras unas de esas típicas rejas que llegan hasta el suelo, la encontramos tomando el sol, dedicada a una de esas labores caseras en que las mujeres gastan su tiempo libre. Primero, elogiamos la reja. Luis Arenas tiró unas fotos. Al fin conseguimos que ella se fijara en nosotros y surgió el diálogo. Le pedimos permiso para hacer unas fotografías en el interior de la casa, nos lo concedió y pasamos...



Un retrato de aquellos tiempos de la novia de Reverte

en sus ojos la luz de mejores días, y a quien todo el pueblo señala como la novia de Antonio Reverte. Ella fué, hacia mil ochocientos noventa y tantos, la protagonista de esta pequeña historia, encerrada en los cuatro versos de la copla. Los

«Pero existió la novia de Reverte? ¿Dónde está ese pañuelo que la copla proclama, bordado con cuatro picadores en las esquinas, y en el centro, como astro de una constelación taurina. Antonio Reverte?»

En estas mismas páginas se puso una vez en duda la existencia de esa novia, que Dios sabe qué jugador anónimo unió para siempre en una copla al nombre del famoso torero de Alcalá. No hace mucho, en un romancillo ágil y bien escrito, José Carlos de Luna hablaba de la novia y del pañuelo, situando a una y otra en un rincón de Sevilla, en una cosita de la plaza de la Alfalfa. No sabemos si el romance citado tiene algún fondo de verdad o es simple invención del poeta; pero, en cambio, de lo que sí estamos seguros es de haber hallado en Alcalá del Río, tras una reja grande, como una inmensa joya, a una mujer que, al borde de la vejez, conserva aún

Ante nosotros, una señora de gran esbeltez y apariencia señorial, cuyos rasgos fisonómicos acusaban una belleza que el tiempo, con sus signos demoleedores, había extinguido en parte, quedando con los suficientes para que pudiéramos halagarla recordándola otros tiempos.

Ya con un poco más de familiaridad, nos permitimos decirle:

—Por aquí se habla de que usted...

—No diga —interrumpió—; ya sé lo que va a decirme; ¡pero quién se acuerda de todo aquello, ¡han pasado tantos años!

Y nos dejó con la palabra en la boca, al salir riendo de la habitación donde enhebrábamos el paliq.

Una señora que le estaba haciendo compañía a nuestra llegada, nos dice bajito, como si fuera a descubrirnos un ignorado tesoro:

—Pregúntele usted más cosas... Porque esta señora fué la novia de Reverte... La de las coplas.

—Señora... Eso ya lo sabíamos, nosotros desde chicos...

Doña Josefa vuelve; se ve que está dispuesta a complacer nuestra curiosidad periodística; pero vacilante su contestación, nosotros le decimos:

—Oiga, señora. ¿Es que era «verdugo» aquel mozo del mil ochocientos...

—¡Qué horror! Ni pensarlo. Mataba mucho, pero le aplaudían por hacerlo...

—Entonces era torero, como yo me figuraba.

Una sonrisa que ilumina su rostro, un leve titubeo y al fin exclama:

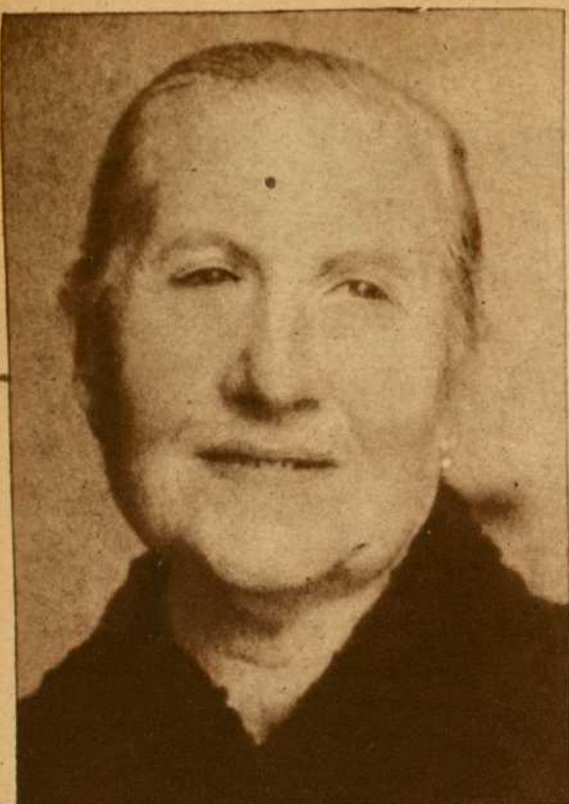
—Sí, señor; torero fué, y de los buenos...

—Pues entonces no me diga usted más. Ya sé quién fué: Reverte. De tan gran mujer sólo podía ser novio un hombre así.

Un rubor tenue cubre sus pálidas mejillas y al fin confiesa:

—¡Ese fué!

—¿Qué edad tenía usted entonces?



Doña Josefa Olmedo, durante su charla para EL BUEDO



Raimundo Blanco, nuestro colaborador y representante en Sevilla, durante su entrevista con la que fué novia de Reverte

ive en Alcalá del Río

detalles de aquel noviazgo los hallará el lector en esta información de Raimundo Blanco. Porque él fue, con una habilidad casi profesional, quien consiguió romper la muralla de recelos que guarda los recuerdos de esta mujer. Yo sólo quiero brevemente, como introducción a tan interesante relato, describir el escenario del idilio y su problema social.

1890. De Alcalá del Río, un pueblo donde el porvenir de los muchachos no es otro que el agotarse en el duro trabajo del campo, sale un buen mozo, moreno y valiente, que lucha con los toros y triunfa en todas partes. En Alcalá, mientras tanto, un mundo tentador se abre a los ojos de los que no quieren encerrarse en el paisaje familiar, pero siempre idéntico, del río y de la amplia vega que se domina desde la plaza. Más allá de esos campos adivinan los muchachos alcalaños la gloria y la riqueza. Y Antonio Reverte, que va de éxito en éxito, tendrá pronto fama y dinero; el pueblo entero lo declara su héroe; lo admira, lo quiere... ¿Qué de particular tiene que, situado en el centro de la vida del pueblo, todas las mujeres se enamoren de este hombre que anda alrededor de los veinte años, que es guapo, flamenco y rubio, y que tiene por delante un camino brillante y maravilloso? Pero hay una entre todas que el torero distingue con su cariño. Un día le regala un pañuelo, y la gente del pueblo inventa una copla: «La novia de Reverte tiene un pañuelo... Ya no hay fiesta en Alcalá donde no salga a relucir la copleta. Y después se canta en Sevilla, en Madrid, en toda España. De nada sirve que Antonio Reverte se case con otra mujer. Que su novia contraiga matrimonio con otro muchacho del pueblo. Queda en pie la copla. Y en pie seguirá por muchos años. Hoy todavía, cuando, al cruzar por el pueblo de Alcalá del Río, se pregunta por la novia de Reverte, no falta quien indique, sonriente, como si estuviera recitándole los versos del cantar, cuál es su casa, cómo se llama y qué hizo con el pañuelo que le regaló un día el torero famoso...

FRANCISCO NARBONA

El farol de la esquina se está apagando, y un torero famoso quiere alumbrarlo...

—¿Y de ellos hay algunos que recuerde con más emoción?

—Sí que recuerdo que una vez que mis padres me llevaron a Sevilla ocultándome para evitar nuestras entrevistas, él se presentó allí, y valiéndose de ese arte que siempre tuvo, logró que pudiéramos entrevistarnos, y lo hacíamos a la luz de un farol, que dió motivo a una de las muchas coplas que se nos cantaba y que recuerdo que decía:

*El farol de la esquina
se está apagando,
Antoñito Reverte
lo está atizando.
Y sus pavesas
a Pepita le caen
en la cabeza.*

Por un momento se iluminó su rostro de una alegría juvenil que parecía recordar su pasado.

Por último nos cuenta que una sola vez le vió torear a Reverte. Fué en Sevilla y sufrió mucho porque el toro alcanzó dos o tres veces al diestro.

—Fué horrible, porque yo no podía decir nada, para no dar sensación alguna ni a los que me acompañaban. Juré no ir más a una corrida.

Y nos ruega que no le preguntemos más detalles, que sólo sufrimientos podían causarle. Respetando sus deseos, nos retiramos, considerando los estragos que causa el tiempo, que hizo de una bellísima mujer, que inspiró coplas y romances y en cuya cabecita se albergaron infinidad de bellas ilusiones, una respetable anciana en cuya cabeza no hay otra cosa que la nieve de sus cabellos, que inspiran el mayor respeto.

RAIMUNDO BLANCO

—Unos diecisiete años.

—¿Cuánto duraron esas relaciones?

—Cuatro años.

—¿Por qué se terminaron?

—Por la oposición tenaz de mi familia, que no quería que me casase con un torero.

—Y usted, a pesar de ello, ¿continuaba que riéndolo?

—Sí. Teníamos que valernos de mil mañas para entrevistarnos y esquivar la vigilancia de mis padres.

—¿De aquí quizá nacieran las coplas y romances de que habla la leyenda?

—Es fácil, porque como nosotros teníamos muchas simpatías en el pueblo y todos nos encubrían y amparaban, en las fiestas siempre nos cantaban coplas alusivas.

—La de la novia de Reverte tiene un pañuelo...

¿En qué se basaba?

—Como no fuera en un pañuelo que él me trajo de Barcelona! Sólo que ése era negro de fondo y con rosas granas solamente. La musa popular, con su fantasía, le añadió lo demás.

—¿Si hubiera visto usted lo guapa que iba a las fiestas con su mantón! —interviene la simpática señora que nos acompaña.

—Me lo figuro y me lo explico todo.

—Si pudiera, le enseñaría a usted un retrato que tenía con el mantón vestida de flamenca, que le gustaba mucho a él —nos dice doña Josefa.

—¿Por qué no me lo enseña usted?

—Porque me lo quemó mi marido.

—¿Pero el mantón sí lo conservará usted?

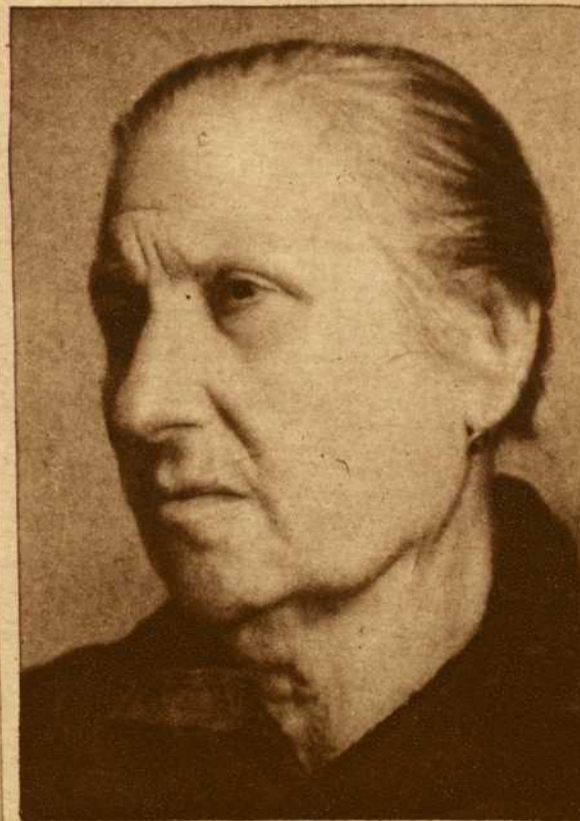
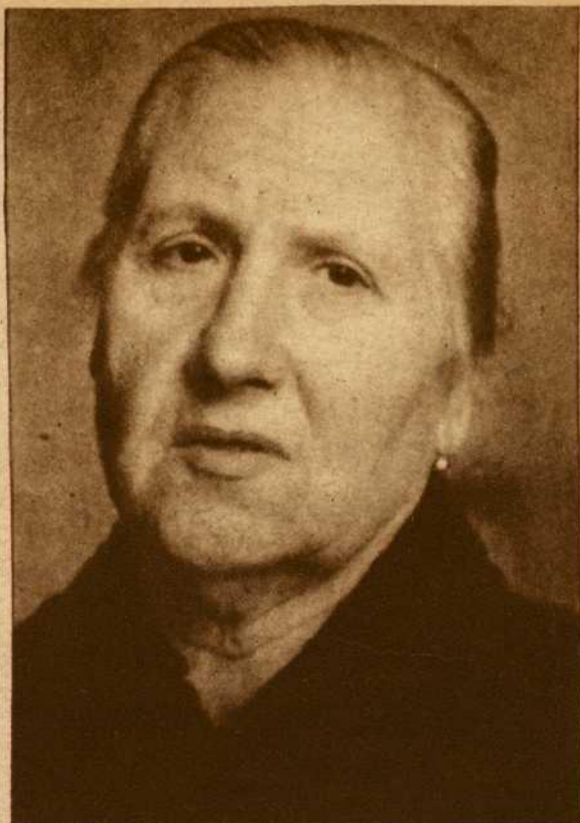
—Tampoco.

—¿Y no conserva usted ninguno?

—Sólo los que están en mi cabeza, de la que he pretendido apartarlos muchas veces inútilmente; pero están tan arraigados en mí, que ni el tiempo lo ha logrado.



Doña Josefa trae a sus pensamientos recuerdos antiguos, que inmortalizaron la musa popular



Gestos y expresiones de doña Josefa Olmedo, durante su charla

(Fots. Arenas.)

Aquel caballo de PEPE OROZCO

TRAJINERO

Por JOSE CARLOS DE LUNA



José Bayard, Badila

Que cómo pudo ser? Pues ahí verán ustedes. Digo, si ver es leer estos renglones, en los que procuro contar lo que escuché embobado de boca de aquel formidable desbravador y finísimo jinete que se llamó Juan Valero.

Murió hace treinta o treinta y cinco años, y se fué de este mundo sin sentir en su señorial profesión el entrometimiento moderno que por ampararse en la indiscutible lógica todo lo mistifica y trastueca.

Digo yo por mi cuenta y riesgo que a veces lo ilógico es más práctico y muchas infinitamente más bonito y... ¡hasta perfecto!, porque nada lo restringe ni cohibe.

En la equitación, a lo clásico, se consideró siempre al caballo como lo que es: un animal. Eran los buenos tiempos en que el picapedrero labraba la piedra sin el auxilio del aire comprimido; el herrero soldaba a golpes de macho, sin soñar con la autógena; el pintor pintaba con brocha y tarareando vales, sin presentir la pistola, y el que domaba caballos no pensaba que le echaba la montura y le ponía el freno a una máquina, sino a un semoviente irracional y con más o menos vergüenza y mayor o menor inteligencia como todos los semovientes aunque sean racionales.

Juan Valero, con su gran empaque, siempre vistiendo la chaqueta semicorta cerrada hasta el cuello y pantalón ajustado y con trabilla, montaba caballos de sol a sol. Ni siquiera se apea para sorberse tres o cuatro cafetitos mañaneros que le sacan a la calle del Café de Vergara, del Diván de Ponce, de la Cervecería de la Castaña, de La Mosca...

Sus finas espuelas vaqueras y la sutil vardasca de cerezo o la varetila de olivo le caracterizan tanto como su bigote blanco, dorado con nicotina, y los tufos tirados adelante y aplastados con zaragatona, pulidos y compactos como láminas de plana nueva. Ya ves que Valero pasa de los sesenta años.

Duro en el desbravado y suave en la doma, ponía a los caballos escribiendo, dóciles, sometidos, ahormados... ¡Caramba, eran caballos! Y no podía permitirse esos estirones de cuello ni ese pasitrote nervioso, ni la mandanga furiosa, inútil y estúpida, que una forma de entender la afición fomenta por vistosa y exhibe como marchamo y rúbrica de pureza de sangre. ¡Vaya usted a demostrarles lo contrario! Para ellos, el caballo es máquina y hay que exigirle el máximo rendimiento sin cuidarse de formas ni apariencias; huesos, pulmón, tendones, dorso recto... ¡Esa es la belleza!, dicen ellos, y se quedan tan frescos.

—¡Naranjas!—comentaba Valero golpeándose las espuelas con la varita y poniendo en el comecartorio más conmiseración que agrura.

—Porque a mí, señor —decía—, que no me vengan con historias. ¿Que el caballo con sangre se defiende? Conforme hasta cierto punto; pero deme usted caballos que se defiendan sobre las patas; la corveta, la empuñada, el lanzazo, todas éstas son defensas nobles y de categoría; pero... ¿entablar el pescuezo? ¿Correrse el bocado y tirar adelante el pico? ¿Enlomarse? ¿Botarse de carnero?... ¡Vamos, hombre! Si eso es lo que caracteriza al pura sangre inglés, me quedo con el caballo cartujano, que tampoco la tiene sucia.

Y Juan Valero recitaba entonces, de corrido y con buena dicción, aquel trozo del romance del Duque de Rivas, cuando relata el encuentro en la liza del almirante de Aragón Pérez de Aldana con el duque de Normandía:

*El toro cordobés, fino, ligero,
fogoso, ligerísimo...*

¿Que dónde voy a parar? A mi anécdota, lector. Anécdota de toros, que no olvidé que mi periódico es taurino.

Montó Valero, en arrequives de doma por demás pulida, un caballo del hierro de Zapata, de los de berruga en el marlo, flor de romero y con seis años, sultán en la yeguada y joya en la cuadra del excelentísimo señor don José Orozco, ganadero también de reses bravas—entonces—, que la mala fortuna barrió luego hasta amontonarlo en la miseria y la caridad oficial lo encasilló entre los damnificados de una inundación, y con las pesetillas que le correspondieron en libramiento del Concejo mercó un hato de cabras y murió de pitarrero, apacentándolas él mismo por las cunetas y los lindazos, como un gran mendigo de la Edad de Oro, viejo, apuesto, soberbio y remendado.

A lo que vamos; Decía Valero que jamás montó un caballo de más poder ni

más ágil sobre las patas, y por lo visto lo comprobó Badila, el picador de Mazzantini, flaneando en el caballo de Orozco, de nombre Trajinero, una vispera de corrida, por las calles de Málaga y la Bella.

Los toros que habían de correrse eran también de Pepe Orozco, que, vanidoso y buen ganadero, se hacía lenguas de su bravura y poderío ante don Luis y su picador, de sobremesa en el Ventorro de la Trini, al filo de la playa en la Caleta.

Cuando el ganadero terminó su inflamada perorata, o en un respiro, Badila le habló de Trajinero y le propuso su venta.

¡Hablarle a Orozco de vender nada! El lo compraba todo o se lo jugaba todo. Así acabó.

Y Badila, que no era rana en achaques de fachenda, lo escuchó con calmoso respeto, y así le dijo:

—Bien, don José. Yo se lo juego a usted contra mil duros.

Y Orozco, sacando una pelucona, le contestó vivamente:

—¿Cara o cruz?

—Aguarde usted, que yo quiero darle más música al lance —comentó Badila—. Yo pico el primer toro de mañana con su caballo: si le levanta el pelo con un pitón, pierdo mil duros y usted se queda con ellos y con Trajinero, y si no me lo toca el pavo, usted pierde su caballo y en paz.

¿Hace?

—¡Hecho!

Un apretón de manos y ¡hasta mañana!

Juan Valero contaba minuciosamente las ocho varas a caballo levantado que puso Badila ante el nervosismo y la admiración del público, que no sabía qué admirar más: si al caballo bellissimo, valiente y ágil como un pájaro; si al toro negro lombardo, astifino, con seis años y trescientos kilos, o a aquel picador, maestro en muchas cosas ignoradas de los picadores de hogaño, que ganó su apuesta con todas las de la ley.

Comentando el lance, alguien le preguntó a Badila aquella noche en el Café de la Loba:

—¿Y si le hieren el caballo?

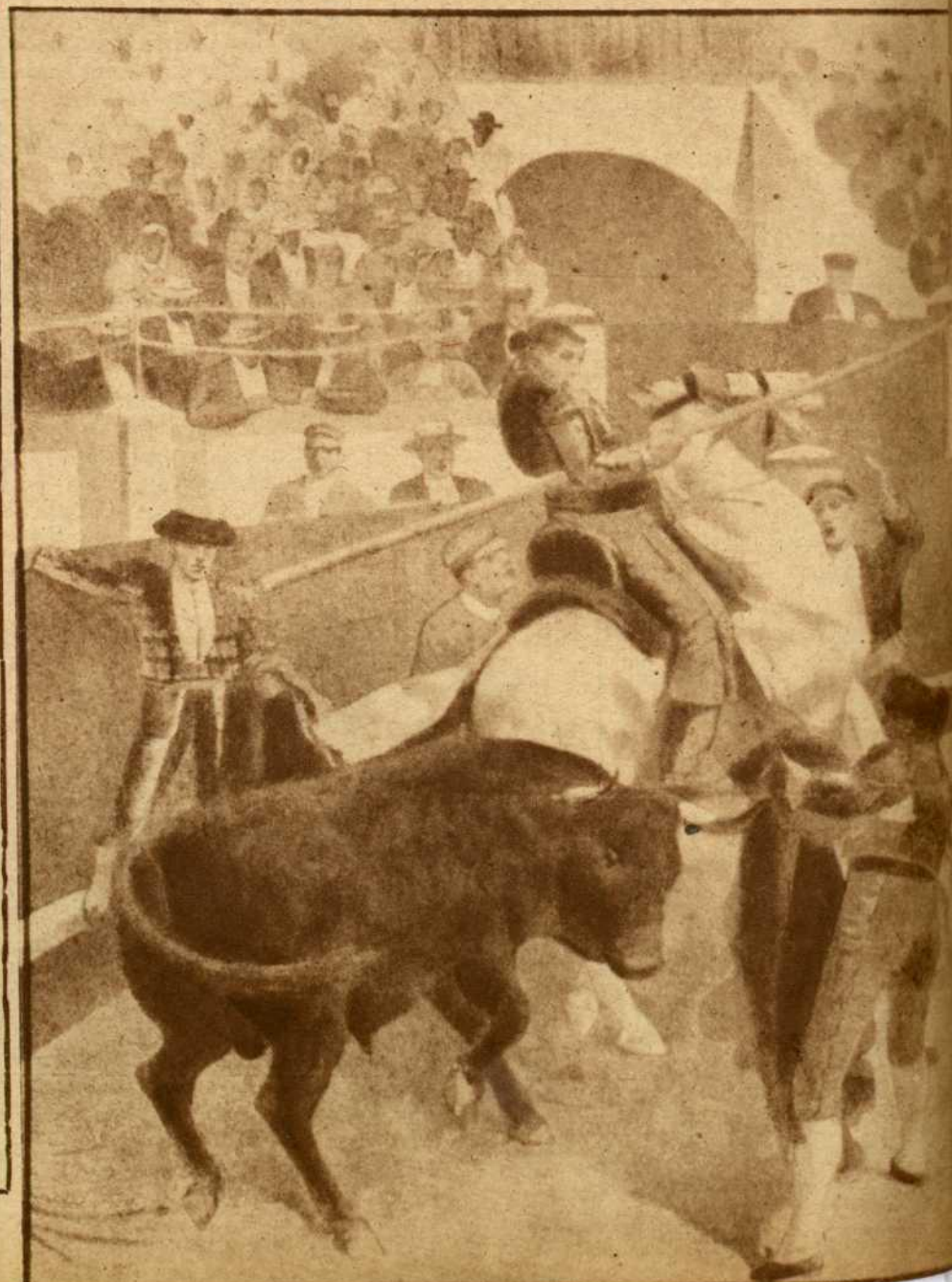
—Me dejo matar por el toro, que a prevención ya tomé mis medidas para cumplir el compromiso.

Era verdad: a Juan Valero le dió los mil duros para don José por si él no podía pagárselos en persona.

Un invierno de contrajudías y picos pardos determinó la definitiva suerte de Trajinero, que, comprado por el duque de Veragua, moriría, viejo y sin trajines, en su yeguada de la provincia de Toledo.

¡Pobre Pepe Orozco, pobre Badila y pobre Trajinero!

"La salida de una buena vara". (Dibujo de Perea.)



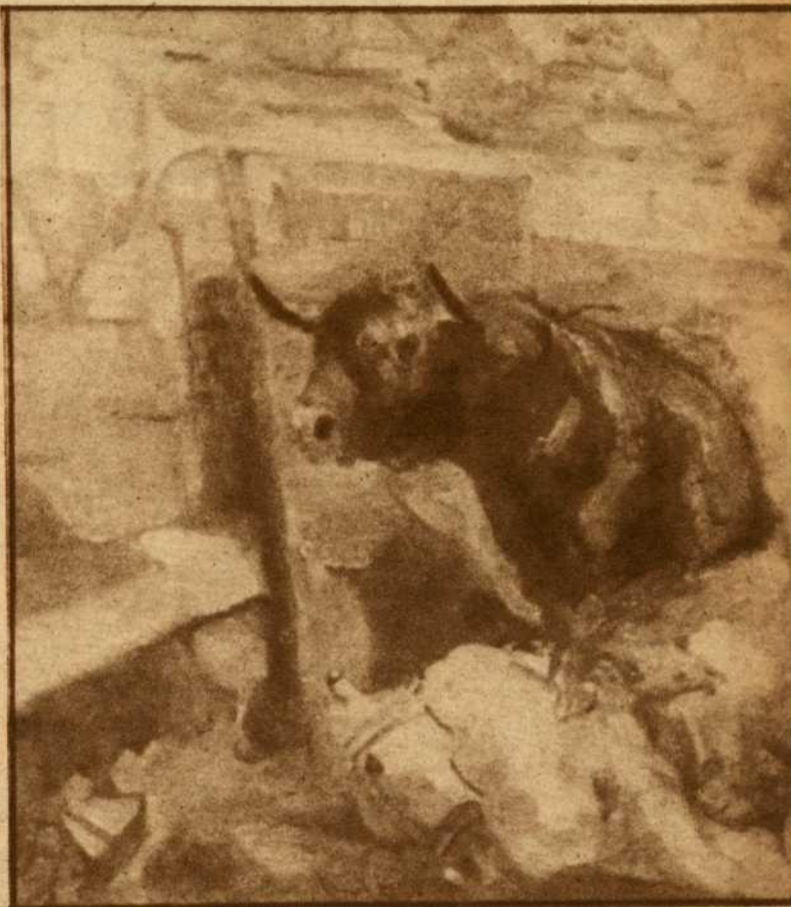
GONZALEZ MARCOS, el pintor que trabaja de noche

Ante un nuevo artista taurómico que crea sus obras por intuición

Por Mariano Sánchez de Palacios



'Cinqueño', pintura original de González Marcos



'A la querencia', otro de los cuadros del excelente pintor

EN verdad que nos ha sorprendido no poco este nuevo pintor con sus cuadros sobre temas autenticamente taurinos. Sorpresa ante las particularidades que concurren en el artista y en la obra. Porque González Marcos es uno de esos pintores en los que, más que en ninguno, está justificado el reportaje. Y eso quiere ser ésta crónica. Mitad crítica y mitad reportaje de sus andanzas, antes de crear su obra pictórica y los procedimientos más o menos originales para llevarla a efecto.

González Marcos pinta por intuición, pinta por vocación irrefrenable de su temperamento. Es innata en él la afición al dibujo. De chico emborrna ya cuartillas, los espacios en blanco de cuantos papeles llegan a sus manos. Son las primeras manifestaciones del pintor en embrión, que ha de descubrirse sin titubeos pasado un tiempo. ¿Escuela? Ninguna. El no ha estudiado, no ha seguido enseñanza ni método alguno. Tan sólo, sí, en los ratos libres que le dejan sus ocupaciones como industrial, visita Museos y asiste a Exposiciones. Ve y observa. Esa es su labor, y del análisis y consecuencias crea su mundo artístico interior, y sin influencias extrañas, sin dominaciones de tendencia o estilo, juega con los colores y con los temas como un malabarista de la pintura, que crea por crear y porque la obra, en una expansión de sus inclinaciones espiritualistas y estéticas, está por encima de sus preocupaciones diarias y de las inquietudes que origina la lucha constante e ininterrumpida por la vida.

Pero González Marcos no tiene tiempo para pintar, y como ha de pintar, roba al sueño las horas

que ha de ofrecer al arte. Y en la quietud silenciosa de la noche, en esa hora en que la inspiración parece que ha de ser vencida por el sueño, González Marcos pinta sus cuadros, iluminado su caballete por un foco de luz azul, remedo de la solar, que cae también sobre la paleta, en la que se vierte, en un juego lumínico del arco iris, el contenido pastoso de los tubos multicolores. Y así, sin modelo, algunas veces con ligeros apuntes, realiza, con no poco entusiasmo y afición, González Marcos sus bodegones y sus lienzos con asunto de toros.

Este es el artista, el pintor, el hombre que maneja los pinceles por pura vocación y encendido frenesí artístico.

Veamos ahora la obra.

Hay en los cuadros un estilo creativo peculiar y característico, un estilo propio y un concepto individualista para ver y entender la luz y el movimiento, para concebir y simular las masas o multitudes en esos tendidos en los que creemos ver, y vemos en esas manchas, el genio expectante que presencia la lidia. Remolinos de color, como abanicos chinoscos; sombras desvaídas, trazos imprecisos que fijan ópticamente un contorno, una línea o una figura, y con todo esto hipotético fondo, que se adivina más que se ve, la corporeidad estética de las figuras que juegan y se mueven con una vitalidad extraordinaria, con una claridad que asombra y admira que se haya podido lograr sin que el artista busque el rayo de sol en el sol mismo, que debiera, y no es así, penetrar en su Estudio. Por ello se da la anomalía, y concurre la circunstancia, de que de la ficción surja la realidad; de las sombras, la luz, y de la luz, la vida y el movimiento.

Sin embargo, en este exclusivismo de su técnica no está completamente ausente ni lejano, en algunos lienzos, el estilo de los maestros, de los pocos maestros que cultivan este tema en la pintura, pues si muchos dibujantes intentaron un impresionismo taurino, pocos llegaron en verdad a valorar su firma, extendiéndola más allá de la pluma, hasta llegar al

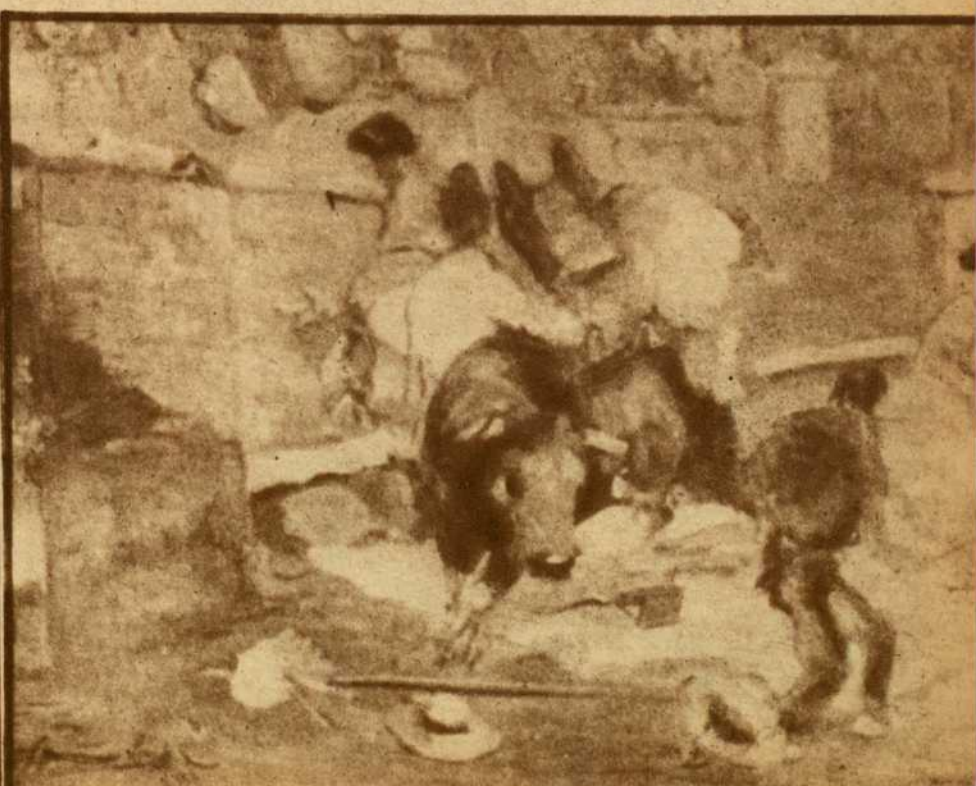
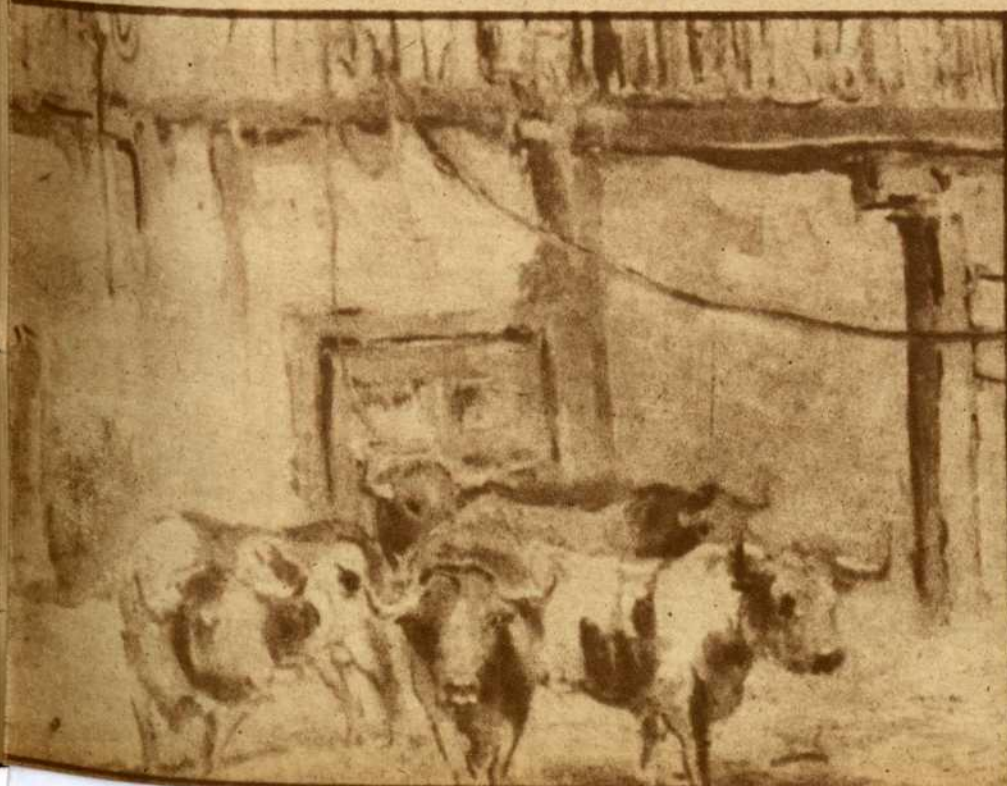
privilegio de los pinceles. Que se puede ver y captar el movimiento y desconocer el color, las gamas y los tonos, difíciles de emplear cuando el arte no se domina plenamente.

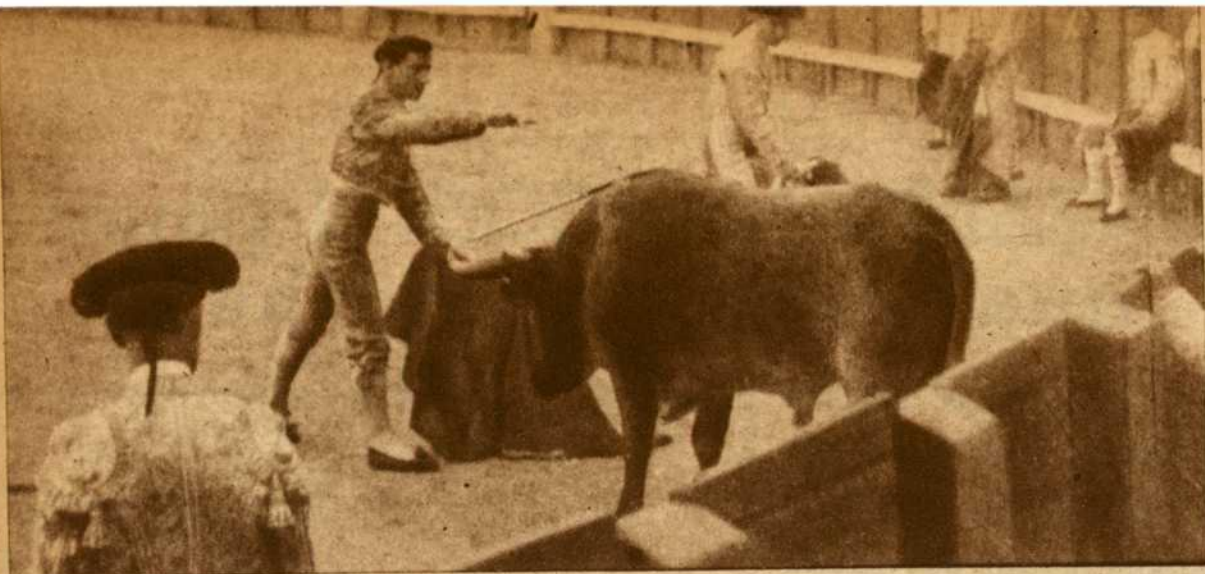
Claro está que González Marcos siente los toros, los ve, lleva también en sus aficiones el arte mismo de torear, como herencia de un impulso pasado que le llevó al ruedo con una multa en la mano, con la que inició una carrera que hubo, Dios sabe por qué causas, que malograrse...

De todas sus obras, "Alguacillos", "A la querencia", "El mono al quite", "Cinqueño", "Encierro" y "Regreso de romería", nos parecen las mejor logradas en esa hora silenciosa de la madrugada, en que el artista pinta, por una vocación irrefrenable de su temperamento.

"Encierro", obra de este consumado artista

"El mono al quite", también de los pinceles de González Marcos





Vicente Pastor saca el estoque, después de una estocada, para intentar el descabello a pulso. (Plaza vieja de Madrid)

XIII

ESTE año 1906 fué el más amargo de toda la taurina existencia de Vicente Pastor.

De la segunda visita que hizo a las mejicanas tierras, regresó a la Madre Patria a primeros de abril de 1906, y, por rara coincidencia, toró su primera corrida en Pamplona el 25 de dicho mes, que fué precisamente donde acabó la temporada anterior, días antes de embarcar rumbo a Méjico.

Ya en esta República, en la campaña de 1905-1906, actuó en trece corridas, estoqueando cuarenta y cinco toros, no figurando su nombre en los carteles de la Plaza de la capital, donde tan mal le fué económicamente la vez anterior.

Tres corridas toró en el Estado de Durango, los días 12, 19 y 26 de noviembre, haciéndolo en las dos primeras con reses de La Punta, y en unión de un Maera, que supongo fuera Antonio Soriano; en la última, con bovinos de Registro.

Con el famoso Antonio Fuentes alternó en Torreón, toros de Malpaso, el 10 de diciembre, y siete días después, en Sacramento, con un diestro apodado El Barquero, reses de Lubián.

Como único espada actuó en El Parral el 24 y 31 de diciembre, y por el hecho de haber dejado en Torreón un gran cartel volvió a torear en la Plaza de este Estado el 7 y el 14 de enero, solo, con cornúpetos de Caños el primer día; el segundo, con Antonio Moreno, Lagartijillo, reses de Guanajuato, y el tercero, otra vez solo, con toros de esta última ganadería.

Dos corridas de Quisillos despachó en Guadala-

jara el 11 y el 17 de febrero, haciéndolo en una de éstas el susodicho Lagartijillo, y en Monterrey, el 25, vistió por última vez aquel año el áureo traje de torero en América, acompañándole Oscherito y Mazzantinito.

Y ya tenemos de nuevo en España a Vicente Pastor, sufriendo una gran desilusión.

Se habían fijado los carteles anunciando las corridas del abono madrileño, y su nombre tampoco figuraba este año en él.

Su apoderado, aquel excelente funcionario público, don Paco, como le llamaban sus íntimos, apeló a todos los medios para que su poderante fuera contratado por la Empresa, sin llegar a conseguirlo.

Los aficionados de hogar desconocen la importancia que entonces tenía para un torero el que su nombre figurase en el abono de la madrileña Plaza.

Tenía el hecho una importante influencia en la vida artística de los lidiadores, y las Empresas de provincias, en aquellos pretéritos tiempos, daban preferencia en sus combinaciones a los toreros que disfrutaban de aquella categoría.

No es conveniente desviar mucho estos reportajes sobre hechos alejados del motivo de ellos; pero sí recuerdo, y conmigo aficionados de mi época, que el torero no colocado, cuando todos los años la Empresa de Madrid se disponía a confeccionar el cartel de abono, apelaba a todos los medios que tenía a su alcance —y, en más de una ocasión, llegando hasta la cuestión personal— para que se le incluyese en aquél, timbre de honor en aquellos tiempos que a muchos coletudos les quitaba el sueño. La no inclusión en el cartel de abono de 1906, y no otra cosa, fué el principal motivo de que en aquella temporada, calificada por el mismo interesado de desastre, no toreade nada más que seis corridas, dos de éstas en Francia.

—No podía resignarme —nos ha dicho Vicente Pastor— a ir a parar al montón del olvido, y por sí de ello fuera la causa, llegué a renunciar hasta de mis amores.

¡Qué afición! ¡Qué lucha la de este hombre, modelo de constancia y de voluntad, hasta llegar a ver convertida en realidad su aspiración de ser en el toro una de sus figuras!

Ya dije momentos antes que su breve e insignificante temporada de 1906 la empezó donde acabó la del año anterior, en Pamplona, siendo ello prueba de sus éxitos en la capital navarra.

Y en esta corrida también actuó como único espada, lidiando cuatro toros de Salas. Como a pesar del injusto trato de que venía siendo ob-

Su segunda época en Méjico

Otra vez en España y fuera del abono

Ante el desastro que se cernía llegó hasta a renunciar de sus amores

Seis corridas entre la indiferencia



Vicente Pastor, hace unos años, en el despacho de su casa

Otro viaje a América

¿Pero es Vicente Pastor?

A éxito por corrida toreada

El ganadero D. Federico Calmet, empresario

¡A eso fué a Limal

Un gran negocio para el "ex Chico de la Blusa"



15 de enero de 1919. Pastor estoqueando a uno de los toros que mató aquella tarde en la Plaza de Méjico

mente a la ventura a América, pero en esta ocasión rumbo a Lima.

Estos viajes a tierras americanas los venía haciendo Vicente con toda dignidad, bien equipado y con los recursos económicos propios y suficientes para hacer frente a la situación, por si la adversidad hacía acto de presencia.

Por aquella época residían en Lima, capital del Perú, dos excelentes picadores de toros, conocidos de la afición madrileña: Bernardo Pardo, Bomba, y Mateo Jiménez, Canales, que por azares del destino fueron a dar con sus huesos en la tierra por Pizarro conquistada.

Debe a estos dos picadores la implantación en Lima de la suerte de varas, con arreglo a lo escrito en los tratados de Tauromaquia.

De la noche a la mañana se presentó en Lima Vicente Pastor, se instaló en un hotel y, vistiendo modestamente, se lanzó a la calle, en espera de que se organizase la temporada, pues aun no existía Empresa para la explotación del circo taurino conocido por el Acho.

Corrió, no obstante, pronto el rumor de que en la capital se hallaba, en calidad de "paracaidista" coletudo, el diestro madrileño; pero el tiempo transcurría y hasta llegó a dudarse por algunos aficionados de que Vicente fuera el auténtico torero de la calle de Embajadores.

Hallábase también en Lima los diestros españoles Francisco González, Faico; Manuel Molina, Algabánito, y Juan Sal, Saleri, cuando al ganadero don Federico Calmet se le ocurrió hacerse empresario de aquel circo taurino.

El relato de estos hechos se lo debo a la amistad que tuve con el primero de los citados varillargueros, amistad prolongada con la existencia de su hijo, el camarada Antonio Pardo, que en la capital peruana vivió largo tiempo.

Iniciada la temporada, el señor Calmet, no dudando ya de la autenticidad de Vicente Pastor, se puso al habla con éste con el fin de contratarle, y no llegaron en un principio a un acuerdo porque el empresario pretendía ajustar al torero por varias corridas, y Vicente sólo tenía el deseo de hacerlo en una sola.

Mucho extrañó a Calmet la decisión del diestro madrileño; pero obstinado éste en no salir de la línea de conducta que se había trazado, cedió, al fin, la Empresa, y Vicente debutó, obteniendo un extraordinario éxito.

Vió Calmet en Pastor salvada la temporada; preten-

dió ampliarle el contrato, y el diestro, seguro de sí mismo, y con el ánimo predispuesto a seguir aumentando el precio, corrida por corrida, rehusó la oferta en la forma que se le proponía y actuó en seis más, continuadas, alternando con los lidiadores antes expresados y cada vez aumentando el precio de sus honorarios, sin que éstos llegaran a ser abusivos, pero sí proporcionados a los triunfos que el diestro venía obteniendo y que repercutían en la taquilla de la Empresa.

No fué desfavorablemente comentada por los aficionados la conducta seguida por Vicente, y de aquella manera tan especial ni el torero ni el empresario podían llamarse a engaño.

¡Claro es que el "ex Chico de la Blusa" tenía que arrimarse todas las tardes; pero a eso fué a Lima, y no a llevarse el dinero de aquellos aficionados, dando una de cal y otra de arena!

Vicente Pastor dió siempre la nota de seriedad y hombría, y en todas partes su carácter inconfundible y su formalidad le granjearon la simpatía y la admiración de los públicos, que sabían de su arrojada honradez artística. Daba todo cuanto podía para satisfacer a la afición; salía a la Plaza seguro de poner ante el peligro de la fiere que había de lidiar cuanto de su parte estaba, para convertirse en el torero de más pundonor de su época.

DON JUSTO

Historia taurina de Vicente Pastor

jetó Vicente por la Empresa madrileña, los paisanos tenían ganas de ver a su torero, enfendiéndolo así quien aquel año tenía en arriendo la Plaza de Toros de Aranjuez, contrató a Pastor para que "mano a mano" con Antonio Fuentes estoquease cornudos de Villamarta, suceso que tuvo lugar el 30 de mayo, festividad de San Fernando.

Después de esta corrida ya no volvió a torear hasta el 3 de junio, que lo hizo en Toulouse, con Lagartijillo Chico; toros también del marqués de Villamarta.

Con Tomás Alarcón, Mazzantinito, alternó en Jumilla el 16 de agosto, lidiando ambos astados de Muriel, y el 9 de septiembre, en Tortosa, con su otro paisano, Saleri, estoqueó reses de Patricio Sanz.

Y aquella temporada de 1906, tan exigua de corridas para él, la cerró en Francia, actuando como único espada en Marsella el 10 de septiembre, enviando al desolladero, con lucimiento



to, cuatro fieros brutos de Lizaso.

¡Sólo seis corridas, en las que mató únicamente diecisiete toros!

¡De qué manera más indiferente le miraban los taurinos concurrentes al famoso café Inglés, ya desaparecido, de la calle de Sevilla!

—¡Ahí ha entrado Chaquetón!—exclamaban en voz baja algunos al verle entrar, tieso y serio, en el célebre establecimiento cafeteril.

—¡Mírale!—decían otros, al verle salir con la misma seriedad que había entrado.— ¡Ya se va a dar su diario paseo hasta el Hipódromo para hacer facultades!

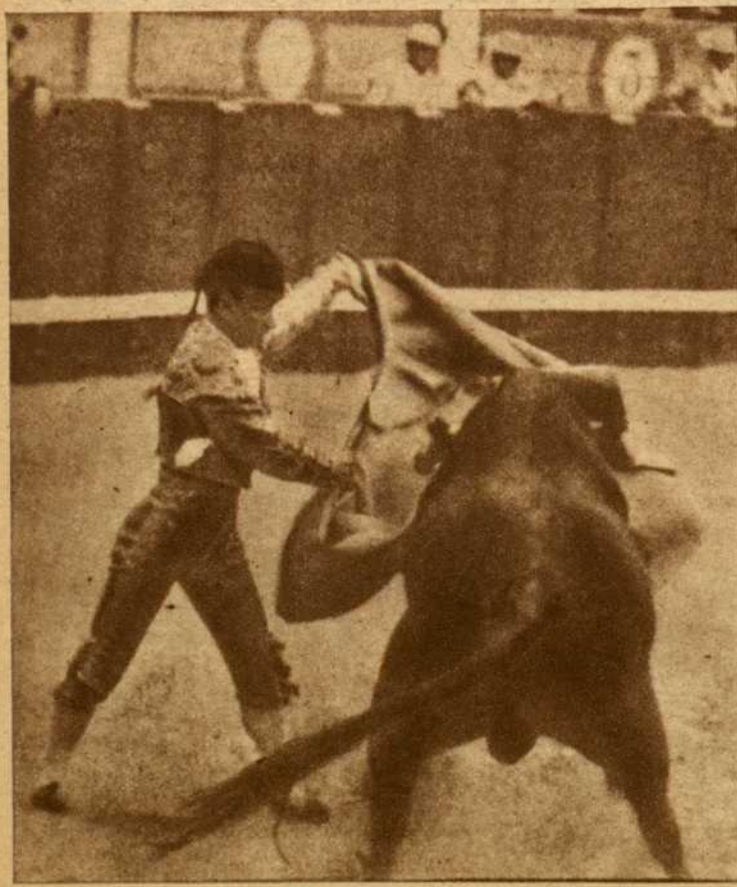
—No sé para qué las quiere, si no las "cata"—agregaba otro.

Pues algún día me harán falta!, parecía contestar Vicente, adivinando lo que de él se decía.

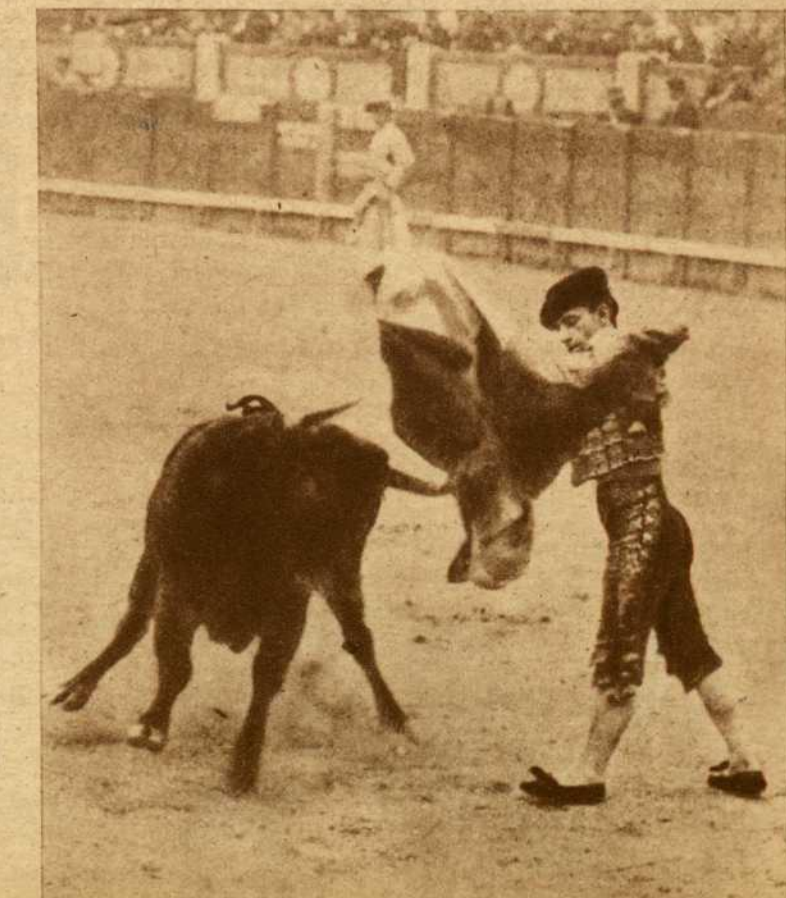
Mediado el mes de septiembre, Pastor dejó de concurrir al café, y no tardó en conocerse el motivo de su ausencia.

Se había marchado nueva-

En tercios del 3, Vicente Pastor lanceando por verónicas. Estampa clásica del toro de la época



Vicente Pastor, en su época de auge taurino, toreando de capa, durante una corrida en la Plaza antigua de Madrid



CORDONCILLO

Por FELIPE SASSONE



El diestro recoge por bajo al toro, quebrando su marcha con arreglo a la lidia que conviene

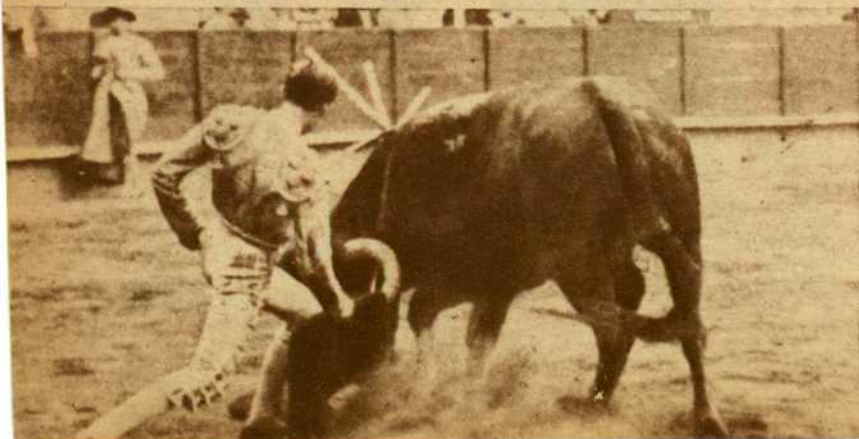


De cerca, la voz y el cuerpo atraen al toro, y ¡Manolete lidia para su magnífico arte más que para el gusto actual del espectador!

PORQUE he recibido unas fotografías instantáneas, que son las que ilustran estas páginas, y a mí me parecen muy interesantes, se me antoja labrarle, como buena-mente pueda, el canto a la moneda taurómaca de Manolete, que ya al fin, en la última temporada, se acuñó por los dos lados. La moneda fué siempre de oro puro, grande el módulo y alto el espesor; pero sólo tenía impronta por el anverso, y el reverso estaba sin acuñar. Por la cara era muy bonita; pero le faltaba la cruz. En un pobre librito mío, de cuyo nombre no quiero acordarme porque nadie piense que arrimo el ascua a la sardina de un negocio editorial que ya no me interesa, canté con mesurado entusiasmo y con serena sinceridad la belleza del anverso, y lamenté que apareciese liso y sin grabar el reverso de la moneda sonora y brillante. Dije entonces, más o menos, no tengo la paciencia de ir a buscar exactamente mis propias palabras, algo que venía a decir en sínte-

sis que Manolete toreaba como un ciprés y no como una palmera. Lamenté que no adelantase en el pase natural, hacia la izquierda, la pierna de la salida, cargando la suerte, para alargar el lance y doblar la cintura, y torear un poco también «con la pechera de la camisa», cimbreándose graciosamente, a fin de acompañar el mayor tiempo posible con el ritmo de su propio busto el ritmo del viaje del enemigo. Llegué a más, llegué a pedirselo en letras de molde —yo nunca he hablado con este torero— cuando vi que podía hacerlo, porque lidiando en Madrid un toro fogueado, tardo y manso, tiró de él obligándole, cargó la suerte, adelantó la pierna y quebró la cintura, y cuando menos le aplaudió el público más le aplaudí yo, porque advertí duplicado de lidiador al artista, que al romper la quietud de la estatua, impronta del anverso de su moneda, insinuaba el reverso, la figura graciosa, en el sentido helénico, con las piernas abiertas como en un «a

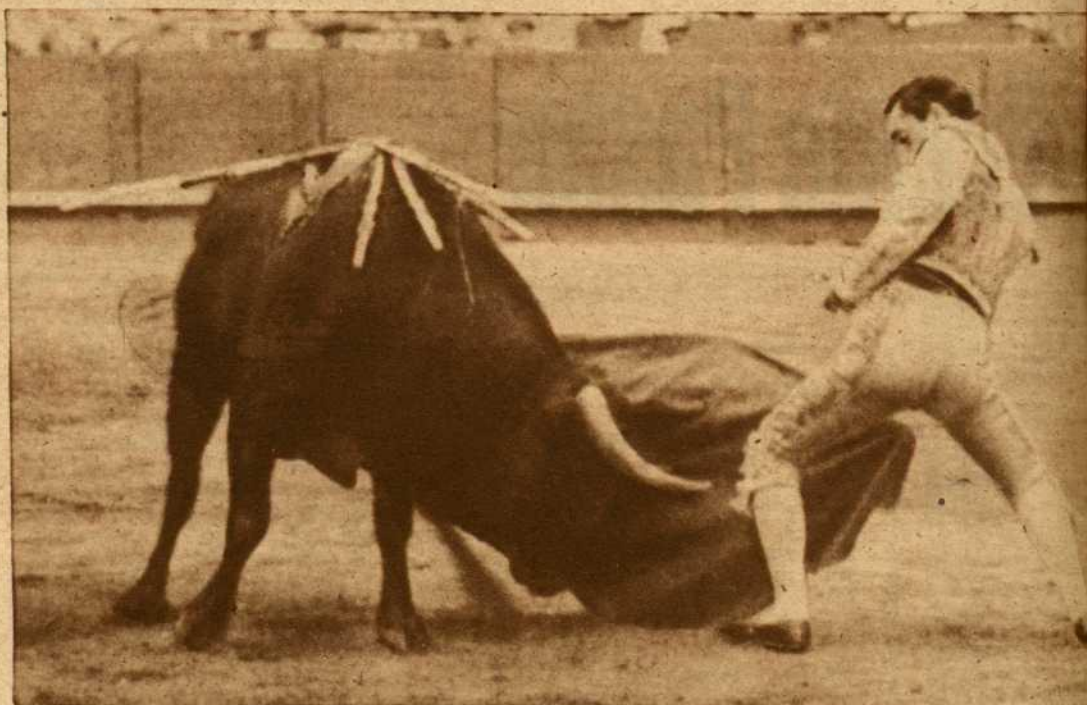
Abierto el compás, porque así lo exigen las condiciones del toro, cargando la suerte, Manolete no deja marchar a su enemigo



fondo» de esgrima, y con la actitud clásica del Discóbolo. Me pareció entonces que iba perdiendo el absurdo cuidado de no espatarrarse nunca ante los toros, y a mí me gusta este castellanísimo verbo de espatarrarse, sobre todo cuando hablo del arte de torear. En la última temporada se repitió el caso, y ahora que me llegan estas fotografías me complazco en ir burilando, siquier sea torpemente, el cordoncillo de la moneda.

¿Qué pensará el aficionado al Manolete único, al Manolete exclusivamente virtuoso y artista, ante la visión de este Manolete porfiado y lidiador? El hecho de haber venido las fotografías, que me envía una seño-

rita andaluza, por lo que infiero muy buena aficionada al arte de torear, acompañadas de una letra de sevillanas, me ahorra todo comentario. No son versos literarios, claro está, y de ellos está ausente la hipérbole quintaesenciada que ponen en sus revistas, con beneplácito de los lectores y de los propios toreros, los críticos taurómacos más famosos. Ingenuas, sencillas, hasta prosaicas, pero no faltas del todo de cierta gracia rítmica y de muy aguda intención, son las sevillanas de mi amiga, y yo las reproduzco, hasta con sus repeticiones musicales y sus exclamaciones fuera de la estricta letra de la seguidilla, para que sirvan de canto a la moneda. Dicen así:



No hace falta el "Pasa, torito" ni la estatua para torear con gracia, arte y sabiduría. Aquí vemos a Manolete, maestro y dominador ante el toro. (Fotós. Baldomero).

*Citó con los pies juntos,
pasó el torito,
y él dijo: «No me muevo
de donde cito».
Y yo al torero,
y olé,
y yo al torero,
no es este el toreito,
Manolo,
que yo prefiero.*

*A un toro poderoso,
que se colaba,
con el compás abierto
lo dominaba.
Y yo decía,*

*y olé,
y yo decía,
que este es el Manolete,
serrano,
que yo quería.*

*Sin hacerle la estatua,
seguro y fuerte,
se doblaba cargando
mucho la suerte.
Y yo gritaba
y olé,
y yo gritaba,
este es el Manolete,
mamita,
que yo esperaba.*

JAIME DE FOXÁ

Si hubiera nacido pobre, sería torero

Ha matado treinta y tres becerros y ha sufrido dos cornadas graves

El tamaño de los toros es un accidente

DE HABER NACIDO POBRE...

JAIME de Foxá, a quien los aficionados taurinos conocen literariamente a través del seudónimo «Don Ciprés», es algo más que un teórico del toreo: es un torero de verdad, aunque no haya pasado de la categoría de aficionado, en la que lleva despachados ya treinta y tres becerros y vacas, a cambio de varias cogidas, dos de ellas muy graves.

—Desde luego, si yo hubiera nacido pobre, sería torero en lugar de ingeniero agrónomo, que es la profesión que comparto con el periodismo y la crítica de las corridas.

—¿A pesar de las cornadas?

—A pesar de todo. Yo empecé a ir a la Plaza a los ocho años. La primera corrida que vi fué una en la que alternaban Chicuelo, Varelito y La Rosa. Por cierto que a este último le dieron dos avisos. Desde entonces he ido siempre a los toros. Y mis juegos infantiles, con mi hermano Agustín, tenían siempre el mismo programa: toros, toros y toros... Cuando estoy sentado en mi abono de la contrabarrera del 1 veo la fiesta desde tres puntos de vista: como espectador, como crítico y como torero. Como torero que tiene sus cicatrices en el cuerpo...

Ahora, Jaime, a petición nuestra, se refiere a las dos cornadas graves que ha recibido.

—La primera me la dió una vaca de Galache, en una fiesta celebrada en la finca del marqués de Alonso Pesquera. Esta vaca le había dado a Luis un palotazo fuerte y era de mucho cuidado. Pero yo dije: «¡Para mí!» Y para mí fué el cornalón. La segunda fué en la Aldovea. La fiera, que era de Tovar, me dejó sin capote en un viaje. Yo corrí, pero... corrió más la vaca.

LAS CORNADAS NO DUELEN... DE MOMENTO

—¿Y... duelen las cornadas?

—Por mi experiencia y por lo que les he oído a los profesionales que han pasado también por el duro trance, puedo asegurarle que las cornadas no duelen... No duelen en el momento de ser recibidas. El lidiador, cuando es cogido,

siente un choque inexorable; un choque denso, sin localización posible, que conmociona todo el mundo exterior como cuando la cámara de cine quiere fingir el desvanecimiento de un personaje, girando en un torbellino de imágenes borrosas. Entonces cabe sospechar si el asta entró o no en la carne. Cuando el pitón hiere, en la difusa región del atroz golpetazo, palpita, honda y mínima, un ascua de escozor indefinible, algo así como si muy dentro, muy dentro, se moviera, raspando lentamente, una astilla con yodo. Después, para confundir aún más las sensaciones, llegan los atropellados instantes de la segunda parte. La res ha vuelto sobre el cuerpo derribado y los ojos sólo perciben un girar de patas. Apenas se notan los golpes en el aturdimiento del minuto. Con sensación de borrachera, el herido se pone en pie, sin saber bien a dónde va. Llega a un burladero y, aunque parece una paradoja demasiado atrevida, es ahí, en la tranquilidad del refugio, donde empieza a sentirse la cornada. Aun no le duele nada. Nota sólo una sensación inexplicable, mezcla de deseos de vengarse del toro y temor de volverlo a encontrar. Las cornadas duelen a partir de este instante. Cuando empieza el frío calvario del quirófano, de las gasas, del bisturí, del olor a éter. De momento, las cornadas no duelen, ¡pero después!

EL MEJOR, EL CHICLANERO

—En tu personalidad de «Don Ciprés», ¿has tenido muchos disgustos?

—Por el contrario. Los toreros con quienes más me he «metido» me lo han agradecido. Esta es la ventaja de la sinceridad. Por ejemplo, Gallito, Bienvenida, con los que, por otra parte, tengo buena amistad; pero lo cortés... Los disgustos me los llevo como espectador, porque me exalto, discuto y riño...

—¿Cuál habrá sido el mejor torero de todos los tiempos?

—Yo siento una admiración muy grande, por lo que he leído, por El Chiclanero. Seguramente ha sido el mejor matador que ha habido. Su biografía es



la que más me ha interesado. ¡Mató seis mil y pico de toros recibiendo! Lo que sí creo es que

en la época actual se torea mejor que nunca.

Dentro de este toreo, Manolete representa el arte puro. El hace ante el toro lo que ni usted ni yo sabemos hacer ante un espejo solos.

LA EDAD DE LOS TOROS

—¿Y en cuanto al tamaño de los toros?

—El tamaño es un accidente. Hay que fijarse más, creo yo, en que el toro tenga la edad reglamentaria. El peligro lo dan la fuerza y el sentido, y para adquirir éstos hay que tener la edad. Esa edad de cuatro a cinco años. Si usted se pega con una persona, ¿quién le puede hacer más daño: un muchacho de doce o trece años, que esté muy gordo, o un hombre fino de treinta?... Pues en esto de los toros pasa lo mismo. La edad es lo importante, pero teniendo siempre en cuenta que todo bicho con cuernos puede hacer daño.

—Quedamos en que esta época es la mejor...

—Es la época en que mejor se torea. Pero al hablar de épocas, tengo que referirme a la de Joselito y Belmonte, que señalaron una línea a través de Eitri y Márquez, línea que continuó Marcial hasta empalmar con Ortega, quien a su vez empalma con el toreo actual.

—¿Es usted torista o torerista, como dicen ahora?

—Soy «pitorerista». Creo que hay dos maneras de ver los toros: como arte puro y como arte aplicada. Rafael es pintor de arte puro y un obrero de Altos Hornos también pinta, y llega a ejecutarlo con perfección a fuerza de conocimiento del oficio. Me quedo con el dominio artístico bien ejecutado...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

Charla de fin de temporada

"La confusión de un espectador me ocasionó un serio disgusto"
"No trato de imitar a nadie, ni siquiera a un diestro paisano mío,
como se ha llegado a decir"



Pepín Martín Vázquez en un gesto alegre durante su charla



Una estampa velazqueña con el diestro Pepín Martín Vázquez de protagonista

Hoy corresponde traer aquí al más joven de los hijos del señor Curro Martín Vázquez, al benjamín del escalafón de matadores de toros, que para ingresar en él ha precisado tan sólo de una temporada toreando novillos.

Que estaba en condiciones de graduarse en Tauromaquia nos lo demostró cumplidamente Pepín en varias ocasiones. Una de las más elocuentes fué la tarde del 18 de julio último, cuando en nuestra airosa y aireada Plaza hubo de

quedarse sólo con cuatro toros por lidiar y los dos compañeros —Paco Lara y Montani— en la enfermería. Lejos de acongojarse, revestido de la sabiduría de un veterano y con un valor rayano en la temeridad, se quitó de delante la carida, cortó orejas y hasta nuestro severo cronista El Cachetero —enemigo de lisonjas, como bien aragonés— hubo de escribir: «La fecha de ayer fué suficiente para que tuviera un nombre y una antonomasia digna de cualquier época.»

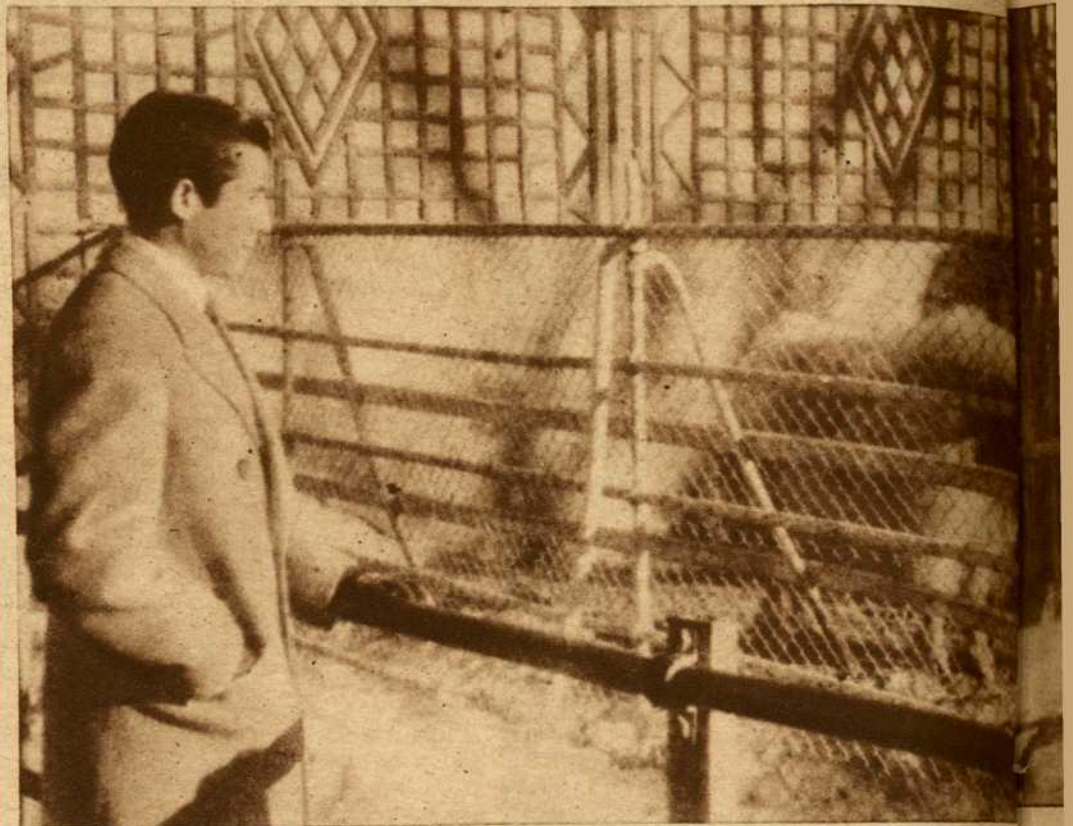
Los infinitos «maeses reparos» claman y se aterran porque este muchachito de diecisiete años recién cumplidos haya llegado a matador de toros.

¿Acaso los Chicuelo, Bienvenidas, Marcial y Armillita, entre otros muchos, tenían edad más provechosa cuando recibieron sus alternativas para contender con toros muy otros a los que hoy se estilan?

Si el señor Curro Martín Vázquez derrochó valor con toros cincheños de los de un metro de pitón a pitón, ¿ha de extrañarnos que su hijo no se apesadumbre ante los toritos flojitos y relamiditos de vuestras calendas?

Cortó aquí mis apreciaciones por ser mucho más interesantes las que el mismo Pepín nos contó una de estas tardes de sol espléndido, paseando por la Casa de Fieras... sin fieras.

Un cuarto de hora nos llevó en saludar a los aburridos antropoides, pasar revista a las gallináceas y palmípedas y expresar nuestros respetos a los imponentes y celosos cancerberos de una larga teoría de jaulas desprovistas de inquilinos. Fatigados y rendidos de tan variado espectáculo, dimos con nuestros huesos en un soleado banco. Al principio, el amigo Pepín pretendió colocarnos el interesante argumento de la última novela policiaca que acababa de devorar —según Manzano, los libros de este género leídos por Pepín, puestos en fila, podrían dar tres vueltas a la Tierra—; pero al fin, movido a compasión por nuestras súplicas, decidió complacernos.



El popular espada reflexiona sobre la "libertad" de los animales domésticos

—¿Cuántas veces durante el año pasado te vestiste de torero?

—Hasta el 3 de septiembre, fecha de mi alternativa, hice en treinta y seis novilladas. Luego intervine en tres corridas de toros. Por cierto que mis actuaciones tuvieron lugar en un reducido número de Plazas. Doce veces intervine en Barcelona, siete en Zaragoza, cinco en Madrid, cuatro en Sevilla, y así, por este orden, fueron las demás.

—Eso quiere decir que por donde vas dejas buenos recuerdos. ¿Cuál fué tu mejor tarde en Madrid?

—No sólo de Madrid, sino del resto de mis intervenciones, lo fué la de mi despedida como novillero, toreando con Emilio Escudero y Alvarez Pelayo. Quise despedirme del gusto de la afición madrileña y lo conseguí. Eso fué todo.

—¿En dónde ocurrió tu peor tarde?

—En Logroño. Estuve poco confiado en el primer toro y al regresar a la barrera, uno del público, confundido con mi hermano Rafael, me gritó: «A ver, con tus seis años de

novillero, lo que haces en el segundo.»

—¿Pepe, si yo sólo llevo tres meses, le contesté todo sorprendido. Nunca ca lo hubiera hecho. La gente entendió que había ofendido y me armaron una que para qué le quiero a usted contar...

—¿Qué es lo que determinó a ser torero?

—Respirando el ambiente de mi casa, raro es que a un hijo de mi mano mío le diera por ser médico. Además yo tenía que ser torero por afición, por tradición y, ¿por qué decirlo?, porque quería llegar a ser matador.

—¿Respirando el ambiente de mi casa, raro es que a un hijo de mi mano mío le diera por ser médico. Además yo tenía que ser torero por afición, por tradición y, ¿por qué decirlo?, porque quería llegar a ser matador.

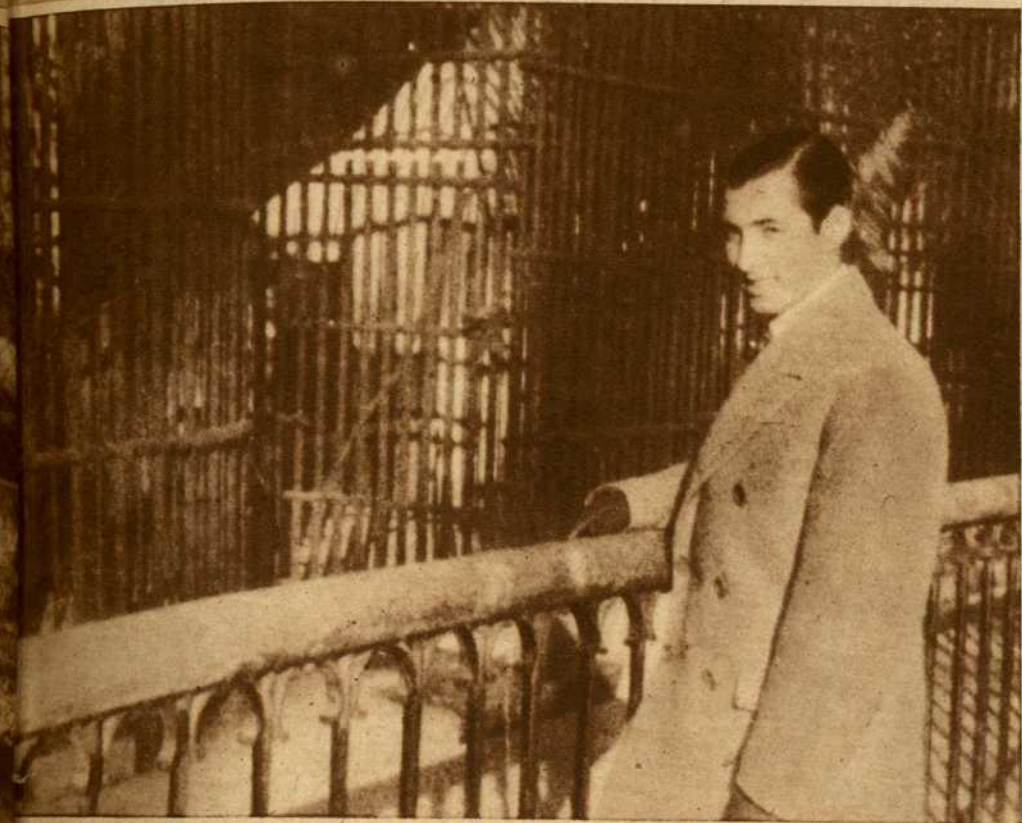
—Respirando el ambiente de mi casa, raro es que a un hijo de mi mano mío le diera por ser médico. Además yo tenía que ser torero por afición, por tradición y, ¿por qué decirlo?, porque quería llegar a ser matador.

—Respirando el ambiente de mi casa, raro es que a un hijo de mi mano mío le diera por ser médico. Además yo tenía que ser torero por afición, por tradición y, ¿por qué decirlo?, porque quería llegar a ser matador.

Pepín a la luz matinal

PEPIN MARTIN VAZQUEZ habla para "EL RUEDO"

**"Mi mayor ilusión es llegar un día a mandar en el toreo"
"Me agradecería llegar a dominar a la perfección el lance por verónicas,
base del buen toreo de capa"**



El diestro sevillano ante la jaula de las fieras del Parque Zoológico

Tu forma de torear, ¿está influenciada por estilos ajenos?

—Yo creo que si en alguna actividad no caben imitaciones es en el toreo, y de ello es buena prueba el que los imitadores nunca llegaron a ser figuras. De mí dicen algunos que trato de imitar a un diestro paisano mío. Yo creo que no existe tal parecido; pero si así no fuera, el hecho sería involuntario por completo.

—¿En qué suerte o tercio quisieras perfeccionarte?

—Me agradecería mucho dominar a la

perfección el lance de capa por verónicas, por constituir, a mi juicio, el más torero de cuantos se pueden realizar en el primer tercio.

—¿Quieres decirme tus actuales actividades?

—Plan intensivo de entrenamiento. Concluida la temporada, me recliné en nuestra finca sita en Dos Hermanas. Después me trasladé a la provincia de Jaén y durante unas semanas estuve toreado en la ganadería de la viuda de Bueno. Ahora marché a Salamanca para hacer lo mismo y allí permaneceré hasta el 4 de marzo, fecha de mi reanudación con motivo de intervenir en la feria de Castellón.

—¿Temas la lucha de la próxima temporada?

—Tanto se viene hablando de ella, que uno empieza a preguntarse si no será más el ruido que las nueces. Acaso llegue a perjudicar a bastantes toreros, y bien pudiera ser yo uno de ellos; pero, en cambio, esto influirá para que el número de corridas sea mayor al aumentarse la competencia.

—¿Deseabas llegar a un arreglo con la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid?

—Era para mí una verdadera obsesión llegar a conseguirlo, pues ¿cómo voy a ser yo de los toreros que huyen de esta Plaza, cuando en su público encontré siempre una gran acogida y una gran comprensión? Y como el movimiento se demuestra andando, los madrileños podrán enjuiciar mi trabajo cuantas veces desee don José Alonso Orduña y... mi apoderado.

—¿Cuál fué el primer dinero que ganaste del toreo?

—Un billete de cien pesetas por participar en un festival celebrado en Algeciras, cuando yo contaba quince años.

—¿Lo que va de ayer a hoy, amigo Pepín!

Y pusimos punto a la charla, recordando una anécdota del gran Curro Martín Vázquez, su padre y Cara Ancha, viejo éste y ya retirado.

F. MENDO



Manzano ha captado una cinematográfica sonrisa de Pepín Martín Vázquez



Después del paseo, un rato de reposo confortado en un banco del paseo



Junto al lago del Parque

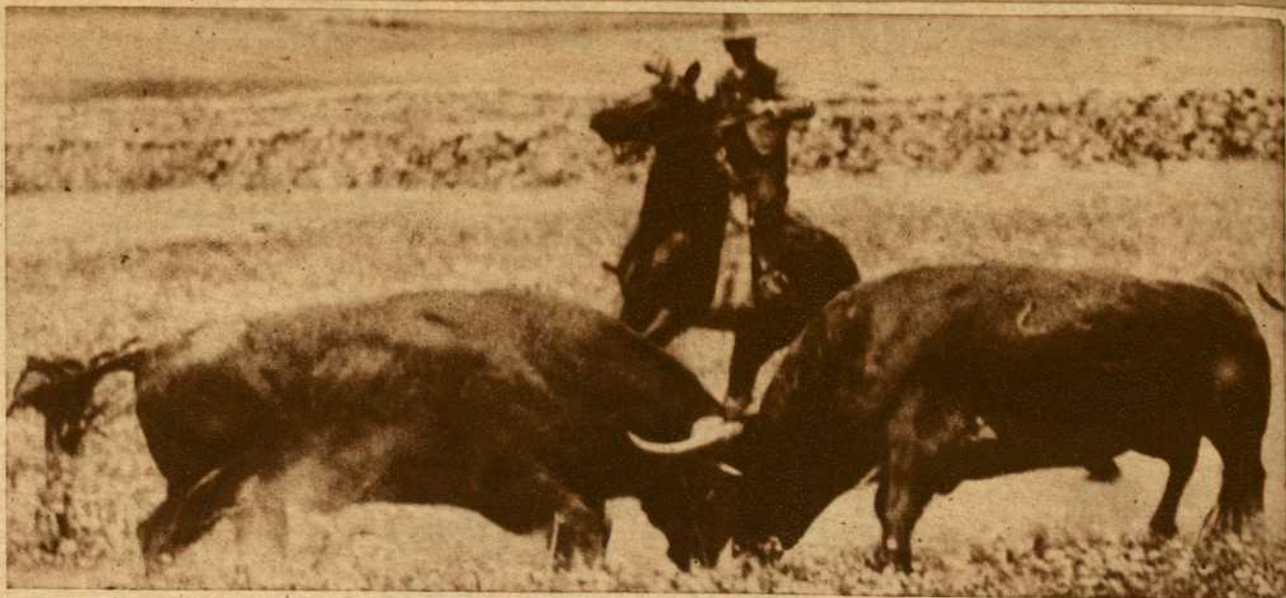
—¿Has encontrado mucha diferencia en tu nueva labor matador de toros?
—Con el toro me encuentro más a gusto. Es contender con otra clase de ganado, casi siempre de una mayor limpieza de procedencia. En cambio, la competencia con los toreros es mucho mayor y de otra envergadura.
—¿Cuándo estás más a gusto en la Plaza?
—En la faena de muleta, sobre todo cuando el pase natural lo pego a gusto.
—Y de las suertes de banderillar, ¿cuál es la de tu preferencia?
—Todas me agradan; pero puesto a elegir, lo haría por cambio. No sólo porque la veo de más fácil ejecución, sino también por considerarla muy emocionante y espectacular.
—¿Te agrada torear con tus hermanos?
—Dos veces lo hice con Rafael, y tan malos ratos pasé, que lamentaría coincidir en el ruedo con él con Manolo.
—¿Cuál es en el presente tu mayor ilusión?
—Poder llegar un día a mandar en el toreo.
—¿Estás contento de cómo te han tratado la crítica y los públicos?
—No puedo quejarme ni de los públicos ni tampoco de la crítica, y a todos estoy muy reconocido. Ahora bien: ocurre con algunos críticos lo que me sucede a mí también, que todavía tienen mucho que aprender.

**¡Fanfarrón de la camada,
mal te fué tu desafío!**

LOS TOROS QUE SE MATAN,

¿POR QUÉ SE MATAN?

Por CHAVITO



No hay nada tan subyugante, tan grandioso y tan espantable a la par, lector amigo, como la lucha de dos toros, de dos fieras que se acometen sin cesar, sin tregua, obstinadamente, y forcejean y se apartan para volver a enzarzarse buscando, una y otra, el punto vulnerable del enemigo para hundir en él los afilados pitones.

Mucho se ha escrito y mucho se ha hablado de la tranquilidad del toro y de su fiereza dormida hasta que se le hostiga más o menos sañudamente y con menos o más insistencia, lo que quiere decir lisa y llanamente que el toro acomete para defenderse (?).

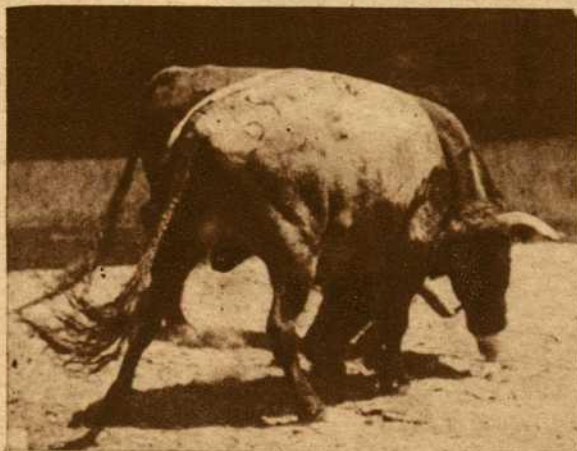
Mucho se ha hablado y mucho se ha escrito del sosiego y del reposo del toro en el campo, en plena y absoluta libertad, considerándosele entonces como inofensivo.

Entre lo escrito y lo hablado hay materia sobrada para imprimir un grueso libro en el que se recogiera todo aquello que se ha cantado acerca de la tan cantada docilidad y parsimonia del toro en la dehesa, por la que camina cachazudamente mientras florea la hierba y bate la cola para espantarse y ahuyentar las cansinas moscas.

Viendo las fotos que ilustran estas líneas, nada más habría que decir en contra de lo que llevo pergeñado en las presentes cuartillas.

Grandes maestros, a los que admiro y quiero creer, han dicho mucho respecto a las tranquilas condiciones del toro, e incluso se ha llegado a asegurar, por una autoridad en la materia, que el toro es un animal cobarde que huye y rehuye la lucha con el hombre, al que acaba por arremeter a fuerza de ser acosado sin tregua ni descanso y aun de forma dolorosa.

Repito que contemplando estos grabados cabe preguntar, y así lo hago: ¿Por qué se pegan y llegan a matarse los toros no sólo en el campo, sino en los propios corrales y aun en los ruedos, al ser desencajonados? ¿Por qué se pegan y llegan a matarse los toros no sólo en la época del celo, sino en cualquier instante?



¿Por qué se pegan y llegan a matarse los toros, no sólo en el campo, sino en los corrales?...



Hay toros cobardes y mansos en las Plazas que en el campo han sido peleones...



... y con todos los que le plantan cara, lucha y se cornea...

En estas fotos se recogen momentos, dramáticos y bellos, de varias de esas luchas, algunas seguidas de la muerte de uno de los adversarios e incluso de los dos, como ocurrió cierta tarde en la Plaza carabanchelera de Vista Alegre, al ser desencajonada una corrida.

¿Qué instintos, qué estado de su ánimo hace que los toros se acometan y se maten tan brutalmente?

No lo sé, ni puedo, ni creo que haya nadie que lo pueda explicar.

El toro es un animal acerca del que se ha estudiado mucho y del que mucho se sabe, en cuanto a su cuerpo, pero nada respecto a su alma.

Hay toros cobardes y mansos en las Plazas, que en el campo han sido peleones, y por el contrario, toros que no han aceptado en el campo (y cuando digo campo también me refiero a los corrales) pelea con otros toros y sin embargo en el ruedo han demostrado gran bravura.

Se da el caso del toro *matón*, del toro *jaque* que tiene atemorizado al resto de la camada; que acomete a todos y con todos los que le *plantan cara*, como se dice vulgarmente, lucha y se cornea en cada ocasión con más saña y en cada ocasión con más furia.

¿El toro *matón* vence siempre? ¿El toro *jaque* impone siempre su voluntad?

Muchas veces sí; pero otras, como en sus bellas «Poesías camperas» ha escrito el conocido ganadero de reses bravas don Juan Pedro Domecq, el toro *matón* ha sido herido por otros y

*El atrevido guerrero,
acobardado y cansino,
se aleja poquito a poco,
cojitranco y malherido,
las centellas de sus ojos
con fulgores mortecinos
y en la garganta reseca
un lastimero mugido.*

*¡Negro toro, gran guerrero
de albaceteños cuchillos...!
Ya acabaron tus bravatas,
ya murió tu poderío.
¡Gritos de guerra en el aire
pregonan que estás vencido!*

*¡Fanfarrón de la camada,
mal te fué tu desafío!*

* *

Después de lo que llevo escrito, lo leo una y otra vez y me repito: Los toros que se matan, ¿por qué se matan?



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LA "SEÑÁ GRABIELA" Y SU HIJO JOSE

A UN para el mayor aficionado a los toros, para ese señor abonado a la segunda fila del tendido 9 desde que sacó su primer sobresaliente estudiando Bachillerato, la mayoría de las madres de los toreros han sido poco conocidas. Entendámonos: casi todas han permanecido siempre en el anónimo, y únicamente han asomado a las entintadas fotografías de los periódicos cuando el diestro —hijo— había sufrido algún percance que le retenía en cama. Entonces el fotógrafo hacía la consabida placa, en la que ella aparece, indelectiblemente, apoyada en la cabecera del lecho en que yacía el herido. Su nombre, si figuraba, se leía; pero era devorado por lo anecdótico de la impresionante información y nadie se acordaba al final de él. No importaba; carecía de popularidad. Sin embargo, y por el contrario, aun aquel que no entiende ni entendié de toros, que nunca pisó una Plaza ni leyó una línea impresa que a la fiesta se refiriese, sabe quién fué la «señá Grabiela» —y la nombramos, con todos nuestros respetos, como tantas veces la oímos llamar por los que dentro de este mundillo del estoque se mueven—. Y es que la madre de los Gallo se encontró tan metida en la órbita aureolada de sus hijos, que su nombre saltó a la calle sevillana y se engarzó en la anécdota y de Sevilla vino a Madrid y fué a Valencia y a Barcelona. Y al com-

pás que sus hijos toreaban ferias, el nombre de la «señá Grabiela» se fué haciendo famoso y entrándose en el medio taurino de toda España.

Por eso la traemos hoy a este primer plano de actualidad retrospectiva. Está acompañada de su hijo José —el que más supo de toros de todos los toreros que han nacido—, que ha debido hacer un hueco entre corrida y corrida para ir a abrazarla. Y ella, esposa de matador y madre de tres del oficio, y por añadidura suegra de otros dos, charlaría con él de cosas intrascendentes, y sin querer pensar en lo que aun faltaba por venir, recordaría fechas triunfales, recreándose en los éxitos del hijo.

Pero no es lo más importante lo que se dijieran ni tampoco el porqué de la fotografía con Joselito. Es ella, gran paridora de figuras del toreo, lo que trasciende, porque al entrar en lo popular de nuestra fiesta, llegando a los más apartados rincones, su nombre representa a todas las madres anónimas de todos los matadores. Y al hacerse presente ella, recuerda a los aficionados a las demás, que tanta parte pusieron en el triunfo de sus hijos.

Hoy ha sido José el que vino a casa, y mañana será Rafael, como ayer fué el padre, el que entre feria y feria buscaba un hueco para ir a darla un abrazo, que a «lo peor» pudiera ser el último.



EL PLANETA DE LOS TOROS

"ME VOY AL CAMPO"

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE



A HORA en este tiempo invernal, pero cuando ya han nacido las primeras violetas y los días se van alargando minuto a minuto, los toreros salen, poco a poco, del letargo en que los sumió el terrible diciembre. Y, venga o no venga a cuento, todos dicen: "Pues sí,

dentro de unos días me voy al campo". La idea que los toreros tienen del campo es muy singular. Todos ellos odian el campo. Precisamente torear por huir del campo. Su gran aspiración es afincarse en la calle de Alcalá madrileña, no en el sentido de comprar una casa, sino el de vivirla plenamente. En el fondo odian el campo. En el campo están los toros. Y a ningún torero le gustan los toros. Lo que de verdad les enajena es torear de salón. Y comprarse un gabán de trabilla y una corbata de muchos colorines. Y a pintarla por ahí. Pero, claro, a los públicos esto no les convence, y si un torero quiere ganar dinero, tiene que torear. Esto es lo difícil, torear. Si no hubiera que torear, todos seríamos toreros. Lo de menos sería ir al campo. Los toros en el campo son preciosos. No se ocupan para nada de los toreros; a ellos lo que les preocupa es la hierba, o los garbanzos negros, o la alfalfa. De embestir, ni se acuerdan.

Un torero, al decir "me voy al campo", está seguro de que a los toros los va a ver de lejos o de cerca, pero montado a caballo. En el campo le esperan las becerrillas, que es el ideal. Unas becerrillas monísimas, sin apenas cuernos y con poca fuerza, con las que se haría de hacer locuras. Y cuando, ya cansado de torear con la izquierda y con la derecha, y pesarlo de que no haya otra mano para torear asimismo con ella, se acerca al burladero, donde recibe las felicitaciones de los amigos, exclama con acento muy convencido, aunque no muy convincente para sus oyentes: "Esta es la cosa: torear; lo mismo se torea a

esta becerria que a un toro de cinco años, que da un poco más de miedo, pero en cuanto se te pasa, no hay diferencia; casi embiste mejor y más cómodo el sinqueño."

He visto muchas tientas y he contemplado a muchos toreros frente a becerras; lo digo con la mano puesta en el corazón: al único a quien vi ejecutar en la Plaza a un toro idéntica faena que la campera a una vaquilla, ha sido a Domingo Ortega.

La palabra entrenamiento, tan deportiva ella, me parece a mí que no tiene aplicación en el planeta de los toros. Conocida es la respuesta de Rafael, el Gallo a cómo se entrenaba. "¡Yo?, fumando puros". Para torear se precisa agilidad, elasticidad, fortaleza, pero sin exceso. Los toreros, por lo general, andan mal de músculos, y de todo tienen menos de atletas. Por tanto, su preparación física es la misma que la de un oficinista. Lo de "me voy al campo" lo dicen —muchas veces sin convertirlo en hecho— porque creen que deben decirlo o para que lo digan los periódicos. Y si efectivamente se van, a lo sumo para tres días, consumen la mayor parte de sus horas jugando al póker o al jilley al amor de la candela.

Yo no dudo de los beneficios que una temporada en el campo puede reportar a los toreros. Ni ellos tampoco. Lo que pasa es que el campo resulta bastante aburrido, y en cuanto saludan a los dueños de la finca y a los vaqueros, ya no pueden saludar a nadie, y un torero no puede vivir sin estar todo el día y parte de la noche estrechando manos y soportando golpecitos de admiradores en sus sufridas espaldas. La única ventaja del campo es que se puede retratar vestido de corto, con su sombrero ancho y una garrocha en la mano, junto a la noble cabeza de un caballo, grupo que siempre sale muy propicio y muy fotogénico.

En esto de irse al campo los toreros en invierno pasa un poco como con las gentes de la clase media con el veraneo, que lo bueno es poder decir que se marchan o contarlo luego al regreso, y lo malo los días del veraneo efectivo. En estos días, a dos meses escasos de la primavera y a menos de las primeras corridas, cuando nos encontramos a un torero y le preguntamos eso tan socorrido de "¿Qué hay?", nos contesta indefectiblemente: "Pues nada, que me voy al campo." Y a los ocho días nos los volvemos a encontrar en el mismo café y nos vuelven a decir que se van al campo. Si tardamos quince o veinte días en el nuevo encuentro, entonces exclaman: "He llegado ayer del campo y me vuelvo en seguida. No

hay más remedio; la temporada está encima."

Esos tres o cuatro días pasados en las dehesas salmantinas o andaluzas, ya una vez con el capote o la muleta en la mano, el torero es incansable. Rinde a todas las becerras, y cuando los pobres animales caen al suelo derrengados, el matador torea al aire y sueña: "¡Ay, si torear así un toro en la Plaza de Madrid! ¡Para qué en el mundo!" A los tres días, la finca aquella era suya. Porque, esto sí, la ambición de todos ellos es comprarse una finca para enseñársela a los amigos y que en las revistas digan: "Y el diestro de la Palma Vieja, ese cortijo comprado con el valor de su arte y las gotas de su sangre"...

¡Estos cortijos, qué poquitos los compran! ¡Pobres torerillos soñadores! Ahora se habla de miles y miles de duros por matar dos toretes. Bien está. Nos subirán las entradas. Bien está. Los toros no son imprescindibles para la vida, como el pan y el vino. Y con no ir, en paz. Pero estas cantidades fabulosas sólo las perciben dos o tres. ¡Los demás! ¡Los demás fantasean tanto y ganan tan poco! ¡Pobres torerillos soñadores! ¡Van a dejar de ser toreros porque torear regular nada más? De ninguna manera. Ahí está Juan Belmonte, señor de cortijos, que fracasó rotundamente en sus comienzos nada menos que en el ruedo de la Maestranza sevillana. A lo mejor un día... Y si este día no llega, qué se le va a hacer: queda el recurso este de irse al campo a torear becerrillas, que aquí sí que no fracasa nadie, ni siquiera los aficionados que dan un lance y creen a ojos cerrados que han dado siete. Ahí está mi amigo Edgar Neville, en el que no creíamos como torero y que una noche, el año pasado, cortó una oreja en la Plaza de Madrid.

¡Toreros soñadores: irse al campo de verdad, hartos de torear becerras y vacas, y si no sacáis más que una temporadita al aire libre, eso saldrán ganando los colores de vuestros rostros y la fortaleza de vuestros pulmones! ¡Ah, y no se os olvide llevaros un fotógrafo para que luego, en pleno mes de agosto, al comprobar que no os ha contratado Pagés para la semana grande de San Sebastián, podáis manifestar lo injusto de tal postergación, enseñando las fotos aquellas de la tienta invernal, en las que estáis torear mejor que el que lo inventó!

SUBALTERNOS DE AYER

JUAN DE LUCAS

CLAVÓ MAS DE 3.000 PARES DE BANDERILLAS

"Yo toreaba en Madrid la tarde que "Pocapena" mató a Manolo Granero"

"En mi época, un buen rehiletero ganaba cuarenta y cinco duros; ahora cobra 1.250 pesetas por corrida, y debe y puede ganar más"



Juan de Lucas



Juan de Lucas, en Méjico, cuando formaba parte de la cuadrilla de Marcial

Qué puedo decirle yo? —me contesta Juan de Lucas con admirable modestia al interrogarle sobre su pasado como lidiador.

—Otros, con mucha menos entidad, se sueltan el pelo y cuentan unas cosas... Ea, pues diga usted que nací en el pueblo toledano de Ollas del Rey el 23 de junio de 1893: que mis padres eran tratantes en ganado, y que desde chiquitín sentí una irresistible vocación por el toreo.

—¿Sus comienzos?

—Pues verá. A la muerte de mi padre, me vine a Madrid y entré a prestar mis servicios en un establecimiento de tejidos que había en el número 18 de la calle de Fuencarral. Poco después, el Montepío Comercial madrileño organizó una becerrada, y en ella salté, clavando el primer par de banderillas de mi vida. Esto era en 1909. Al año siguiente me marché de capeas. Vestí el traje de luces en Riaza, en 1911, y ese año, en octubre, gané el primer dinero de los toros —veinte pesetas— por banderillar en Toledo dos novillos a las órdenes del hermano mayor de Marcial Lalanda, Martín. En 1912 me coloqué con la Empresa de la Plaza de Tetuán, toreando casi todas las corridas allí celebradas esa temporada, percibiendo cuatro duros por corrida. ¡Era muy duro el oficio entonces, amigo! Fui progresando, porque yo no aspiré jamás a ser matador, y tenía afán por superarme, hasta ingresar en la cuadrilla de Ricardo Anlló, Nacional. Toreé también con Gaona y Cocherito de Bilbao. Después conocí a Marcial Lalanda, todavía un niño, y Marcial vino a ser faro y guía de mi vida. Con él estuve desde 1920 hasta el 25 de octubre de 1927, fecha en que toreé por última vez, siendo un festival que se dió en Chinchón a beneficio del Asilo de San José.

—¿...?

—He toreado más de un millar de corridas y he puesto unos tres mil pares de banderillas. De todos los banderilleros que he conocido, el mejor era el pobre Morenito de Valencia, y también fué un portento con las banderillas en la mano Fernando Gómez, hermano de Rafael, el Gallo, y Joselito. ¡Qué guapeza, qué manera de reunirse con el toro y tasmarse al balcón! He sido un ferviente admirador suyo.

—¿La cuadrilla mejor?

—La de Belmonte. La más completa, la más compenetrada, la mejor, vaya. ¡Morenito de Valencia, Maera y Magritas...! A mí se me quitaban las ganas de ir al toro después de verlos a ellos.

—¿Y de los matadores de su tiempo?

—¡Joselito, señor! Toreando con él aprendí uno hasta a vestirse. No he vuelto a ver cosa igual. Fuentes, a quien llegué a ver, era esencia pura. Gaona me gustaba, precisamente porque le encontraba un no sé qué de Fuentes. Y Marcial Lalanda, que en cuanto a dominio y conocimientos es el que más se asemejó a José. Marcial es para mí como un hijo. Y un caballero a carta cabal. El me animó para que dejara el toreo y me encargara de su apoderamiento. Desde que le conocí, hasta mi retirada, e incluso después, siempre escuché mi consejo, dentro y fuera de la Plaza.

Y sale a la superficie el nombre de Manolo Granero.

—Desgraciadamente —prosigue Juan de Lucas—, yo toreé en Madrid la tarde del 7 de mayo de 1922, en que el toro Pocapena mató al pobre muchacho. Parece que lo estoy viendo, y jamás podré borrar aquella horrenda visión. ¡Fué algo horroroso! Siempre que he toreado en Madrid después de aquella fecha, veía a Manolo con los ojos de la imaginación. Lo veía, sí, clavado en terrenos del 2, citando a Pocapena para darle un pase por alto con aquella majestad y aquella finura tan suyas. El toro se vencía por el lado derecho. Granero había mandado retirarse del ruedo a todos, incluso a Marcial y a Blanquet, quedándose éste rezagado a la entrada del burladero. Pocapena lo enganchó por el muslo derecho, y como empujaba hacia los adentros, como todos los toros de Vergara, lo llevó a hociadas hasta el estribo, donde le corneó a placer. Marcial y Blanquet llegaron los primeros, costando grandes esfuerzos llevarse al toro, porque los del duque, cuando hacen carne, lo mismo en el torero que en el caballo, no sueltan la presa fácilmente. Bajo los efectos de la penosa impresión que nos produjo el suceso, saltamos al ruedo la cuadrilla de Marcial, pues a éste le correspondió matar al marrajo por hallarse en la enfermería Juan Luis de la Rosa.

—¿De qué toro conserva el peor recuerdo?

—De Pocapena, que era muy probón y difícil, y de un hermano suyo, que lidiábamos quince días después en Zaragoza.

—Y ahora —continúa su animada charla— tengo un hijo que quiere ser torero y que el año pasado debutó en Madrid con una novillada grande y de mal estilo, de Guardiola. No lo han vuelto a repetir. De ahí el que la amargura de no verle como quisiera me tenga inquieto y preocupado.

—Pero en sus actividades taurinas...

—Hay de todo. Apoderé a Marcial y Pablo Lalanda, Enrique Torres, Niño de la Palma y El Soldado, y también hice matadores de toros a El Estudiante y Florentino Ballesteros. He sido empresario de las Plazas de Badajoz, Aranjuez, Toledo, Cáceres, Almería, Melilla, Zamora, La Línea, Béziers y otras. También lo fui de Vista Alegre (Carabanchel), organizando en una sola temporada treinta novilladas con picadores, todas de casta, y en las que se destaparon Ballesteros, Eduardo Solórzano, El Soldado, etc. Gané dinero, y por la misma regla de tres que lo gané lo perdí en los avatares taurinos.

—¿Qué me dice de los subalternos de ahora?

—Los hay muy buenos, aunque observo que salen muy pocos jóvenes con verdadera vocación de banderilleros.

A LOS CUATRO AÑOS DE ALTERNATIVA

La temporada más completa de MACHAQUITO fué la de 1904

Toreó 94 corridas y mató 235 toros



Machaquito

RAFHAEL González, Machaquito, había terminado la temporada de 1904, la más completa que había tenido ningún torero hasta entonces. Sus partidarios —los machaquistas— estaban extendidos ya por toda España— hacen sus cuentas, y en el balance que arroja el haber del torero hay una nota tan alta que nadie recuerda haya sido superado en ninguna época del toreo. Y era verdad. Machaquito, aquella temporada, toreó 80 corridas en España, después de haber perdido siete por diversos percances, y toreó catorce corridas en Méjico, lo que hacían un total de 94 corridas toradas de las 101 que había contratado.

Machaquito, que sólo llevaba cuatro años de matador de toros, pues había tomado la alternativa en 1900, empezaba ya a ser tenido en cuenta como un matador de

los mejores. Como torero, la decoración variaba. Era torpe, bastote, sin alegrías ni florituras. Para él, lo más emocionante y lo más verdad de la lidia estaba en la suerte suprema. Y ahí, sí. Pocos toreros despertaban tanta emoción por los tendidos como Machaquito cuando montaba la espada a la altura del corazón y, derecho como una vela, hundía el estoque en las agujas de las reses, que rodaban luego hechas una pelota. Su valor galvanizaba los obstáculos del torero —uno de ellos la pequeñez de su estatura—; pero su pundonor le hacía matar de soberbias estocadas a bueyes que merecían un bajonazo entrando a la media vuelta.

Torero corto, en general, Machaquito tuvo que enfrentarse, tarde tras tarde, con Ricardo Torres, Bombita, que lo era largo y lleno de recursos. Y su deseo de mejorar, de ir puliendo su estilo, hizo que el cordobés fuese poco a poco gustando más como torero.

En esta temporada a que nos referimos, Machaquito tuvo actuaciones lucidísimas, particularmente en la Plaza de Toros de Madrid, en las que el cordobés tuvo dos actuaciones memorables.

El día 26 de abril del citado año falleció en Córdoba la madre del torero. Machaquito, que acababa de torear en Barcelona, se encontraba de paso en Madrid. Inmediatamente marchó a su tierra, adonde llegó con tiempo para asistir a los funerales de su madre, y regresó a Madrid inmediatamente, pues tenía que torear aquí el 1 de mayo.

Ese día, en la Plaza madrileña, Machaquito tiene la mayor derrota y el mayor triunfo que ha obtenido como torero. Se lidiaron toros de Pérez de la Corcha, y fueron sus compañeros de terna Lagartijillo y Antonio Montes.

En su primero, tercero de los lidiados, Machaquito estuvo superior. Pascual Millán, uno de los críticos más severos e inteligentes de todos los tiempos, escribía en "Sol y Sombra": "La faena resultó monumental. Toda ella con la zurda. ¡Bravo! Después la coronó arreando una estocada inmensa, metiendo hasta el segundo apellido, como dice Guerrita. No cabe más agallas".

Pero en la lidia del sexto, escribe Millán: "Aquel Marango tuvo su Waterloo. En el último toro borró la magistral faena del tercero con una brega indigna de ningún torero que se estime. El animal murió infamemente asesinado, después de recibir Machaquito dos avisos..."

Pero el diestro cordobés, todo honor y pundonor, valor y vergüenza profesional, se sacó la espina al día siguiente, en la que se lidiaron reses de Ibarra, para Montes, Machaco y Lagartijillo Chico. El tercer toro, llamado Boticario, tenía una presencia y unos pitones descomunales. El público, desde los tendidos, veía asustado aquella inmensa mole de carne. El bicho fué tan noble y bravo, con tanto poder y tanta casta, y tuvo una lidia tan completa, que los viejos aficionados recuerdan aquel hecho como una de las efemérides taurinas. Machaquito le hizo una faena incommensurable y lo mató de una estocada monumental entrando limpiamente a volapié. El toro había tirado cuatro puyazos de Juan Molina en todo lo alto, que fueron ovacionados. Y a la hora de banderillar, Patatero y Mojino le clavaron cuatro pares de banderillas sencillamente colosales. Durante toda la lidia, las ovaciones y vivas a Córdoba no cesaron un instante, lo mismo en honor de Machaquito que en el de su cuadrilla, toda ella cordobesa de pura cepa.

NUESTRA CONTRAPORTADA

JUAN LEÓN

Por BARICO



Juan León

«HAY TOROS QUE SUELEN LLEVARSE EN UN MINUTO EL DINERO DE UNA TEMPORADA.»

JUAN León nació en Sevilla el 2 de septiembre de 1788. Aprendió de su padre el oficio de sombrerero y a los veintidos años se dedicó al toreo. Trabajó a las órdenes de Curro Guillén y consiguió progresar rápidamente. Con Curro Guillén toreaba como banderillero el 20 de mayo de 1820, cuando su maestro fué cogido por un toro de Cabrera en la plaza de Ronda. Al dar un pinchazo en la suerte de recibir, Curro fué cogido con el pitón derecho. Juan León se agarró al izquierdo para obligar a la res a abandonar su presa; pero el toro zarandé a los dos diestros y Juan León no pudo evitar la mortal herida que sufrió Curro. Muerto éste, Juan León se dedicó a matador y como tal hizo su presentación en Madrid el día 6 de mayo de 1821. Toreó por última vez en Madrid en octubre de 1846, en las corridas reales celebradas con motivo de las bodas de Isabel II y su hermana Luisa Fernanda. Luego marchó a Sevilla, según dijo, con propósito de retirarse; pero reapareció en la plaza de dicha capital en 1850. El 25 de mayo de 1851, a los sesenta y dos años, fué cogido aparatosamente en Aranjuez, y a raíz de este percance se retiró definitivamente. El 5 de octubre de 1854

murió en Utrera, en la casa de su amigo el picador Juan Pinto. Antes de su presentación como matador en Madrid, León mató, como sobresaliente, en dicha Plaza, los dos últimos toros de la corrida celebrada el 8 de julio de 1816, en la que alternaron como matadores Cándido, Curro Guillén y el Sombrerero.

Juan León era liberal, y al ser instaurada la Constitución de 1820, como consecuencia del alzamiento de Riego, se hizo miliciano nacional de caballería. Esta condición y su competencia con el Sombrerero le dieron pronto gran popularidad. La reacción de 1823 impuso a León una mayor moderación en la defensa de su credo político, y en 1824 se vió en tan grave aprieto, a causa del intento de agresión de que fué objeto en Sevilla, que poco después se avecindó en Madrid. En la capital de España logró envidiable crédito en 1829 como primer espada. En 1830 cayó enfermo de fiebres gástricas y toreó poco. Restablecido en 1831, toreó en Madrid con Francisco Montes y despachó muchas corridas. En 1832 volvió a trasladar su residencia a Sevilla y toreó en Andalucía, Extremadura, Castilla y Aragón. Llevaba entonces una muy buena cuadrilla, de la que formaban parte, entre otros, Juan Pinto, José Trigo, Yust y Cúchares. Volvió a torear en Madrid en 1837, 1839 y siguientes, hasta la de 1846, muy mermadas ya sus facultades por las muchas cogidas que había sufrido y, principalmente, por la conmoción cerebral que al voltearle se produjo un toro de Andrade. Juan León tuvo trato más que frecuente con la «gente del bronce» de Sevilla. Era franco hasta la imprudencia, derrochador y amigo de las actitudes claras, aunque fueran violentas.

Cuando joven, era impetuoso y temerario; estaba de continuo en contacto con aventureros, jaques y disipadores. Hizo dispendios absurdos, participó en cuantos desórdenes pudo, rió con quien presumía de valiente, rivalizó en extravagancias con los más extraños sujetos, frecuentó las escuelas de baile y todo lugar de diversión y se dejó explotar por los vividores que bullían a su lado.

Juan León no negó nunca su aversión a periodistas y periódicos. Orgullosa por naturaleza, no reconocía la superioridad que sobre él tenían Montes y Redondo y achacaba la celebridad de éstos a la campaña que a su favor hacía la Prensa. El despreciaba folletines y periódicos y decía: «Yo no toreo en papeles».

Gastado pronto por su vida desordenada, no se dió cuenta de que no podía sostener la lucha con los primeros espadas de su época. Cuando en 1850 reapareció en Sevilla con Cúchares y Juan Lucas Blanco, ya era otro hombre. Había perdido su fortuna, y cuando varios amigos pretendieron convencerle de que no debía torear, contestó: «Voy en busca de un pedazo de pan para mi familia». Se retiró, como hemos dicho, al año siguiente, y se dedicó a atender sus menguados recursos y la educación de sus hijos. Horrorizado por el cólera que en el verano de 1854 azotó a los sevillanos, aceptó la hospitalidad que le ofreció su antiguo picador Juan Pinto, en Utrera, y en dicha villa falleció, como queda dicho.

Sin duda acertó al dedicarse al toreo. Fué a la escuela taurina y pronto se destacó de sus compañeros y aventajó a todos como peón. Luego corrió aventuras taurinas por pueblos de Andalucía con sus amigos Arestoy, Suárez, Inclán y Bermúdez. Fué peón excepcional con Cándido, Ruiz y Guillén, y, ya matador, quiso hacerlo todo y todo lo hizo, muchas veces con excesiva precipitación.

En 1827, en Madrid, un toro de Gaviria, al ser estoqueado por León, derribó al espada, que cayó de espaldas; se revolvió el astado y León le despidió varias voces con la muleta sin cambiar de postura. Segundos después caía el bicho muerto. El 28 de septiembre de 1829, también en Madrid, después de una pesada y deslucida faena que León hizo al tercero, se acostó el bicho y lo levantó el puntillero. Juan León apuntilló al primer golpe apoyándose en el cuerno izquierdo.

De Juan León dijo Montes: «Bebe la noche antes de torear, y duerme como si tal cosa le aguardara». También es de Montes la siguiente opinión relativa a León: «Pocos se le ponían junto al señor Juan y ninguno delante».

No fué Juan León lo que hoy llamaríamos un fenómeno; pero en la época en que él actuó, antes de que apareciese Francisco Montes, logró envidiable nominación por la superioridad evidente de sus recursos y por la entereza de su carácter. Conocía bien las querencias de los toros, las cualidades de cada casta y todos los secretos de la lidia. Su toreo fué habilidoso y rico en recursos. Muy hábil y ágil, quebraba a los toros en el arranque, se lucía en saltos y adornos y era un gran muletero, sobre todo con la mano izquierda. Su toreo respondió siempre a su creencia de que «el torero gana su fortuna entre dos cuernos: en el uno está la bolsa y en el otro está la vida».

En su vida privada, ya hemos dicho que Juan León no fué un modelo de virtudes ni cosa parecida. Se hizo miliciano más por conseguir con facilidad contratos que por convicción, y su rivalidad con el Sombrerero —realizada turbando— le proporcionó no pocos disgustos. Hemos de pasar por alto algún episodio de su vida fuera de los ruedos que sólo demuestra que el matador sevillano fué amigo de francachelas, camorrista y disipador.

Cómo conocí a "Sobaquillo" en la vieja Redacción de "El Imparcial"

Por M. BARBERI-ARCHIDONA

AQUELLA sala, en la que todavía el alumbrado eléctrico no había sustituido del todo al gas, ya que rojizas bombillas de carbón lucían en los antiguos reverberos, estaba empapelada de un papel rameado imitando el neps y tenía gruesos cortinones con reposteros y borlitas y alzapañes de pasamanería, rematados por borlones trenzados, que ya dejaban ver las maderas torneadas del armazón.

Las mesas negras lucían carpetas de hule, un tintero muy sucio de porcelana blanca, salvaderas llenas de un polvillo que parecía carbón machacado y montoncitos de obleas encerradas en una bandejilla de cristal.

La fachada del edificio, llena de costras y desconchones, lucía un medallón de mármol chorreado de polvo y de lluvia, con un busto del fundador «Don Eduardo Gasset y Artimes», y debajo, en letras de metal ennegrecido, que parecían cañitas de bambú, el título del periódico: *El Imparcial*.

En la parte baja de la estrecha escalera, un cuchitril parecido a una jaula cilíndrica encerraba a un hombre extraño, pequeño, bizco y barbudo y con la calva cubierta por una boina de nudos. Si yo hubiera creído en los «gnomos», aquel hombre me hubiera parecido un «gnomo». Pero, desgraciadamente, yo he desconfiado siempre de las innovaciones de la fantasía, y los «gnomos» me parecieron cosa de cuento. Por muy extraño que fuera el hombre, era sencillamente un ordenanza. Este ordenanza me regalaba galletas que sabían a harina cruda y que tenían encima recostado un perrito de lanas de almidón y terrones de azúcar mezclado con motas de tabaco. Ambas suculentas cosas las completaba yo comiéndome con fruición bandejitas enteras de obleas anaranjadas.

La Redacción era para mí un lugar misterioso donde gesticulaban hombres en mangas de camisa, discutiendo a grandes gritos la última sesión de Cortes, la última corrida de toros o el último estreno del Real. Hacía allí mucho calor, que subía de la estereotipia, y circulaban profusamente bandejas de metal con juegos de café plateados y unos platillos donde se apilaban gruesos terrones de azúcar. Gracias a los obsequios del ordenanza, yo había llegado a aborrecer los terrones, pero anhelaba con vehemencia la posesión de uno de aquellos platillos; cosa que no logré jamás.

Casi todos aquellos hombres que gritaban lucían espesas barbas oscuras y rizados bigotes. Sobre la frente se les alborotaba un mechón rebelde. De vez en cuando dejaban de gritar, se acercaban a una mesa y garrapateaban en una cuartilla.

Luego seguían discutiendo.

Uno de ellos, que sólo aparecía de raro en raro en aquella extraña y exaltada reunión, se mantenía aparte de las discusiones, en las que solamente deslizaba alguna aguda paradoja o alguna frase irónica. Vestía frecuentemente un traje gris claro, de corte impecable; lucía una flor en el ojal de la chaqueta, y sobre la frente, los cabellos cuidadosamente peinados en ondas meticulosas. Todos le escuchaban con atención y sus frases merecían el comentario tácito de unas miradas de admiración.

Una vez pregunté a mi padre quién era aquel señor tan correcto que consumía silenciosamente una incalculable cantidad de «bocks» de cerveza, y me contestó con cierta expresión respetuosa que no dejó de impresionarme:

—Es don Mariano de Cavia.

....

Era, en efecto, don Mariano de Cavia y Lac, cuyos densos artículos eran para mí, y fueron durante mucho tiempo después, arcanos profundos de la más profunda erudición. Era el cronista a quien Bonilla San Martín había declarado sucesor indiscutible de «Figaro» en el periodismo español y a quien «Fernanflore», apenas había Cavia ingresado en *El Liberal*, proclamó «la perla de la casa», elogio glorioso por Castro y Serrano, tituléndole «la joya exquisita de la Prensa española».

Me repetía esto mi padre con admiración, y desde aquel momento, cada gesto de Cavia tenía para mí un valor mitológico, y cuando escuchaba su voz dura y fuerte de ir conceptos que yo no comprendía, sentía el profundo orgullo de participar, aunque de lejos, de la presencia de aquel hombre superior.

....

Cavia, como otros muchos preclaros talentos de su época —y de la nuestra—, era un autorizado crítico taurino. Publicó dos libros de toros titulados «De pitón a pitón», en el que recogía sus revistas discutidísimas firmadas con el seudónimo «Sobaquillo» —que él encerraba en un elegante recuadro con una esquina doblada, a modo de las tarjetas de visita— y «División de Plaza», inflamada y fundamental defensa de la fiesta nacional, en la que respondía a las impugnaciones de don José Navarrete, acérrimo enemigo de las corridas de toros.

«Sobaquillo», como también mi propio padre, era partidario de Lagartijo y en general de los toreros de Córdoba. Fué él quien invistió a Rafael Molina con el título de «Califa», con que fué luego universalmente conocido. También creó el apelativo, aceptado por todos, de la «media estocada lagartijera» y otros muchos términos técnicos que se usan aún en la actualidad.

Era Cavia tan perfecto y castizo cincelador de estilo como creador de tipos simbólicos, representativos de vicios, virtudes o simples modalidades características. A él se deben las figuras de «Don Patricio Buenafé», especie

de «Doctor Pangloss», aburguesado y fatalista; el «Barón de la Récua», encarnación de la rutina, y el vigente tipo de «Juan Español», representante de la masa anónima, en aquel entonces tan bien intencionada como pésimamente gobernada.

....

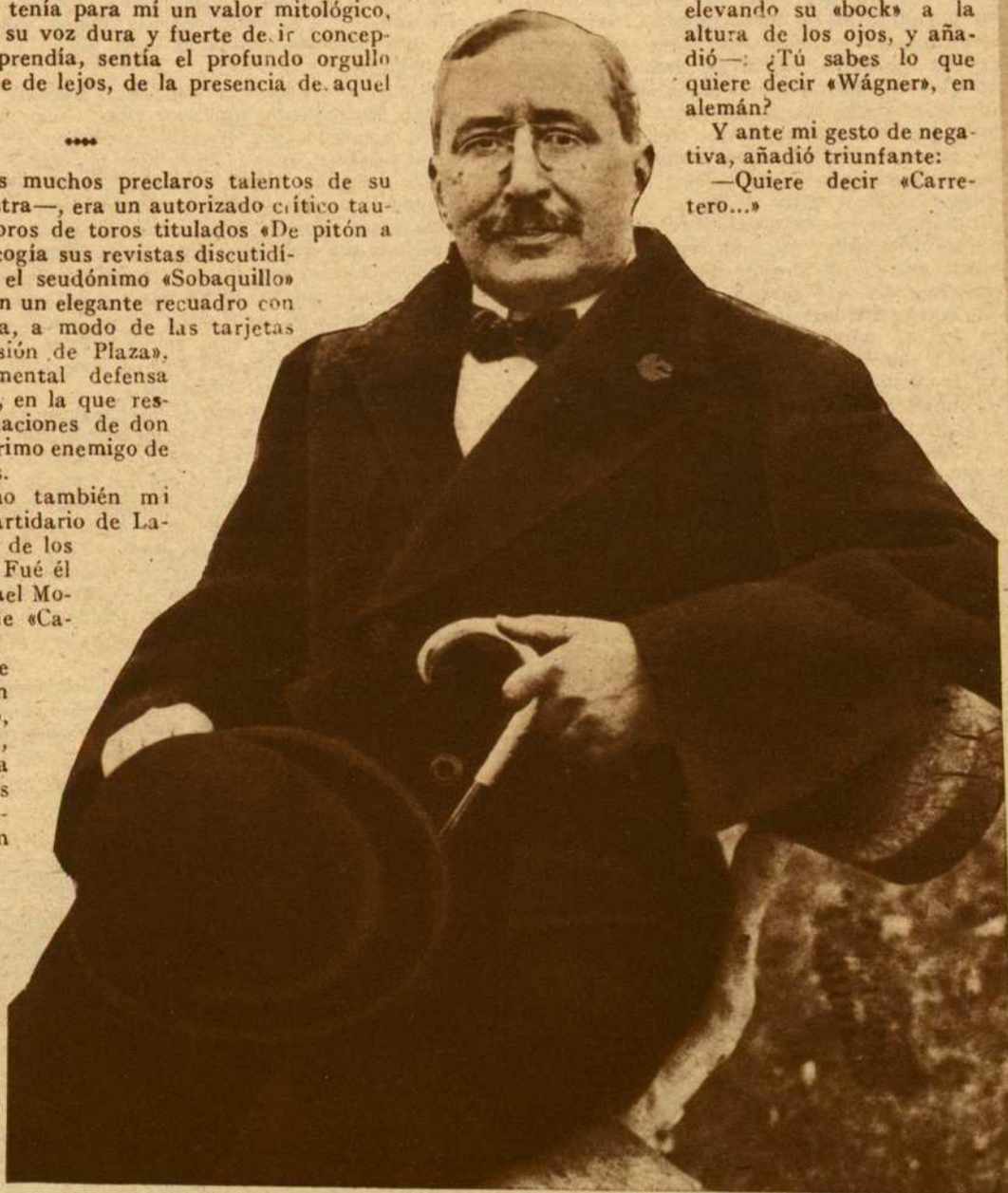
Desde el instante en que lo vi tan de cerca, leí asiduamente sus «Chácharas», sus «Platos del día», sus «Correspondencia del otro mundo» y, ¿por qué no?, sus ya escasos artículos taurinos. Y un día, como premio a tan callada admiración, don Mariano fijó sus ojos en mi insignificante persona, mientras bebía a sorbos increíbles de semidiós teutón un jarro de cerveza.

—¿De manera que a ti te gusta Wágner? — me preguntó a quemarropa; lo que no me impidió responder con un «Sí, señor» llenode arrogancia.

—¡Parece mentira! — comentó Cavia elevando su «bock» a la altura de los ojos, y añadió: —¿Tú sabes lo que quiere decir «Wágner», en alemán?

Y ante mi gesto de negativa, añadió triunfante:

—Quiere decir «Carretero...»



Don Mariano de Cavia, que vulgarizó su nombre en la crítica taurina bajo el seudónimo de «Sobaquillo»



Fortuna en un pase de pecho



Martín Agüero muleteando por alto con la derecha

Once matadores de toros vascos ha habido en lo que va de siglo Cocherito de Bilbao, Torquito, Fortuna y Martín Agüero fueron los que más destacaron

VIZCAYA ocupa el quinto lugar de las poblaciones españolas que más matadores de toros han dado en los cuarenta y cuatro años taurinos que van del siglo xx. Y aunque a los lectores les parezca paradójico —como nos los parece también a nosotros—, el hecho de que un pueblo norteño, frío y esencialmente deportivo, haya alcanzado tal lugar en el escalafón taurino —no olvidemos que el "climax" de la afición a los toros se ha centrado siempre en Andalucía—, el hecho es tan cierto y tan real que nosotros, al recogerlo para poner las cosas en su justo término, recordamos también que en los albores del toreo, cuando éste daba sus primeros balbuceos, hubo un torero vasco-navarro, Martíncho, a quien se le atribuye la invención de la suerte de capa llamada "navarra", que fué uno de los que pusieron los primeros jalones a un arte que, andando el tiempo, había de llamarse nacional, y que tanto arraigo ha llegado a tener entre nosotros.

Si estudiamos las características más esenciales de los toreros vascos que han ocupado un puesto destacado entre los toreros de su tiempo, fácilmente se saca la conclusión de que las escuelas del toreo no han existido nunca, y todo cuanto se ha dicho de las impropiedades llamadas escuelas rondeña y sevillana ha sido un mito. Citemos, en apoyo de nuestra opinión, el caso de Torquito. Serafín Vigiola ha sido uno de los toreros más finos, más alegres y de repertorio más extenso y variado de su tiempo. Todo cuanto hacía, lo mismo con la capa que con la muleta, tenía un sello inconfundiblemente sevillano; tenía el mismo ángel y la misma gracia que cualquier torero bueno salido del barrio de San Bernardo. Y para que su mimetismo andaluz fuese más parejo, su único gran defecto fué la medrosidad de sus actuaciones, sus tardes desiguales. Y esta falta de arrestos, y el comienzo de la época mejor del toreo —Joselito y Belmonte, en pleno apogeo—, dieron al traste con un torero que llevaba camino de ser una figura destacadísima.

Otro torero bilbaíno, Cocherito de Bilbao, nos da otra nueva cualidad del toreo. Torero serio y seco,

sin florilegio andalucista, pero que floreció entre los de su misma promoción, alcanzando un destacado lugar. Fué el reverso de Torquito —Sevilla y Ronda, si admitimos la hipótesis de las escuelas—, y qué lejos los dos, por naturaleza y temperamento, de aquéllas.

Y ambos toreros vizcaínos, Torquito y Cocherito, tuvieron campañas muy lucidas. La culminación de Cocherito fué la temporada de 1911, que llegó a torear sesenta corridas —y todavía estaban en el primer plano Bombita, Machaquito, Vicente Pastor y El Gallo—. Y Torquito, en esa misma temporada y la siguiente, toma parte en cerca de un centenar de novilladas.

Pocos años después, otro torero bilbaíno, esta vez Diego Mazquiarán, Fortuna, viene a dar la batalla a los novilleros punteros de su tiempo. Torero desigual también, que a veces muestra buen estilo de torero enterado, fácil y valiente, que sabe matar, además, irreprochablemente. Pronto ocupa un destacado lugar entre la grey novilleril. El fué el primer novillero que cortó una oreja en la Plaza madrileña. Pero Fortuna, junto a tardes espléndidas, tiene otras desastrosas, con toros devueltos a los corrales. En 1915 contrató 60 novilladas, de las cuales toreó 45. Ya de matador de toros, su temporada más lucida fué la de 1918, en la que llegó a torear 50 corridas de las 60 que tenía contratadas.

Martín Agüero ha sido el último gran matador de toros salido de Vizcaya. Fué un torero basto y corto, sin dominar gran cosa la capa y la muleta, pero muy valiente siempre, y con la espada fué un seguro y gran estoqueador. Realizó campañas muy lucidas, que culminaron en las temporadas de 1926 y de 1927. Estos mismos años ganó en Madrid la Oreja de Oro.

Cástor Jaureguibeitia, Cocherito de Bilbao. Nació en Bilbao el 20 de diciembre de 1876. Tomó la alternativa en Madrid el 16 de septiembre de 1904. Fué su padrino Antonio Fuentes, que le cedió el toro Zambonbito, de Ibarra.

Rufino San Vicente, Chiquito de Begoña. Nació en Begoña el 10 de julio de 1880. Su paisano Cocherito le doctoró en Bilbao el 8 de septiembre de 1903, cediéndole la muerte de Lagunito, de Conradi.

Serafín Vigiola, Torquito. Nació en Baracaldo el 29 de julio de 1889. Tomó la alternativa en Barcelona el 8 de septiembre de 1912. Bienvenida le cedió la muerte del toro Vizcaíno, de Gamero Cívico.

Diego Mazquiarán, Fortuna. Nació en Sestao el 19 de febrero de 1895. Tomó la alternativa en Madrid, el 17 de septiembre de 1916. Rafael, El Gallo, le cedió la muerte del toro Podenquero, de Benjumea.

Alejandro Sáez, Ale. Nació en Bilbao el 9 de noviembre de 1892. El 8 de abril de 1917 tomó la alternativa en Carabanchel. Bienvenida le cedió el toro Joyero, de Palha.

José Martín, Joselito Martín. Nació en Bilbao el 14 de julio de 1896. Tomó la alternativa en Pamplona el 24 de septiembre de 1922. Valencia le cedió el toro Señorito, de Cándido Díaz.

Domingo Uriarte. Nació en Rebonza el 4 de agosto de 1895. Tomó la alternativa en Bilbao el 6 de julio de 1924. Dominguín le dió la alternativa al cederle la muerte del primer toro, de Angel Rivas, único que mató en su vida, pues se retiró a continuación.

Martín Agüero. Nació en Bilbao el 3 de febrero de 1902. Tomó la alternativa en Málaga el 31 de agosto de 1924. Chicuelo le cedió la muerte del toro Sotillo, de Pablo Romero.

José Muñagorri. Nació en Bilbao el 29 de abril de 1881. Saleri le dió la alternativa en Huércal-Overa (Almería) el día 25 de octubre de 1908, a la que renunció en seguida. Después, en 1925, Marcial Lalanda le dió otra en Palma de Mallorca.

Faustino Vigiola, Torquito II. Nació en Valmaseda en 1897. Larita le dió la alternativa en Salamanca el 15 de agosto de 1925.

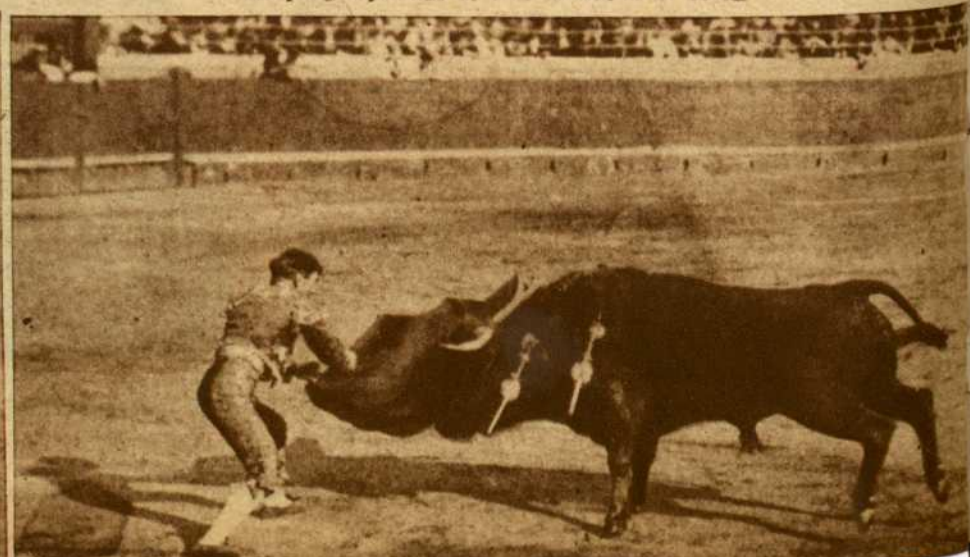
Jaime Noaín. Nació en Gallarta el 20 de mayo de 1901. Tomó la alternativa en Bilbao el 17 de agosto de 1931. Villalta le dió el espaldarazo y los toros fueron de Miura.

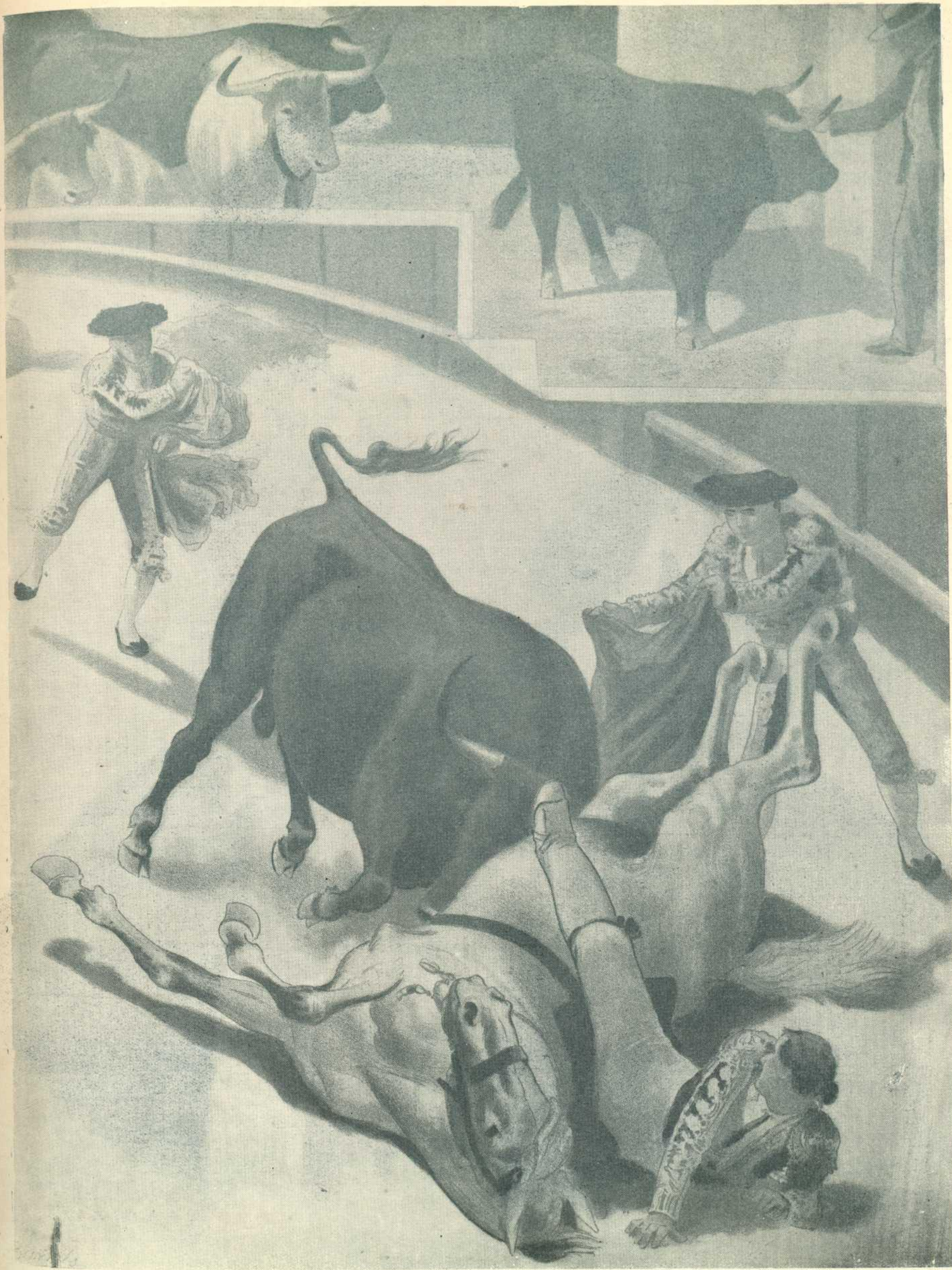
LUIS GARCIA NAVAS

Cocherito de Bilbao en un pase de pecho



Torquito sujetando al toro al iniciar la faena





El toro Religioso, de Ibarra
(Dibujo de Bafius.)

Foras editores, S. A. de Ediciones



Toreros célebres: Juan León

El torero Juan León
(Dibujo de Enrique Seguer)